



Propriety of the Erich Fromm Document Center. For personal use only. Citation or publication of material prohibited without express written permission of the copyright holder.

Eigentum des Erich Fromm Dokumentationszentrums. Nutzung nur für persönliche Zwecke. Veröffentlichungen – auch von Teilen – bedürfen der schriftlichen Erlaubnis des Rechteinhabers.

# ERICH FROMM Y EL PSICOANÁLISIS HUMANISTA

*Volumen coordinado por*  
SALVADOR MILLÁN y  
SONIA GOJMAN DE MILLÁN



Gojman de Millán, S., and Millán, S. (Ed.), 1981: Erich Fromm y el psicoanálisis humanista, México (Siglo XXI Editores) 1981.



Propriety of the Erich Fromm Document Center. For personal use only. Citation or publication of material prohibited without express written permission of the copyright holder.

Eigentum des Erich Fromm Dokumentationszentrums. Nutzung nur für persönliche Zwecke. Veröffentlichungen – auch von Teilen – bedürfen der schriftlichen Erlaubnis des Rechteinhabers.



---

**siglo veintiuno editores, sa**

CERRO DEL AGUA 248, MEXICO 20, D.F.

---

**siglo veintiuno de españa editores, sa**

C/PLAZA 5, MADRID 35, ESPAÑA

---

**siglo veintiuno argentina editores, sa**

---

**siglo veintiuno de colombia, ltda**

AV. 3a. 17-73 PRIMER PISO, BOGOTA, D.E COLOMBIA

---

edición al cuidado de presentación pinero  
portada de maría oscos

primera edición, 1981

segunda edición, 1982

© siglo XXI editores, s. a.

ISBN 968-23-1077-6

derechos reservados conforme a la ley  
impreso y hecho en México/printed and made in Mexico

Gojman de Millán, S., and Millán, S. (Ed.), 1981: Erich Fromm y el psicoanálisis humanista, México (Siglo XXI Editores) 1981.



## ÍNDICE

<b>PRESENTACIÓN</b>	<b>9</b>
<b>I. FROMM EN MEXICO</b>	
Fromm el amigo, el terapeuta, el hombre universal, <i>por</i> DR. ANICETO ARAMONI	15
Fromm en México: una reseña histórica, <i>por</i> DR. JORGE DERBEZ	27
<b>II. EL PSICOANÁLISIS Y LA CLÍNICA PSICOANALÍTICA</b>	
La terapéutica humanista en la obra de Erich Fromm, <i>por</i> DR. FERNANDO NARVÁEZ	57
Los sueños y la creatividad del inconsciente, <i>por</i> DR. EDUARDO ZAJUR	80
<b>III. EL PSICOANÁLISIS Y EL CONOCIMIENTO DEL HOMBRE</b>	
Erich Fromm, el científico humanista: la síntesis freudo-marxista, <i>por</i> DR. VÍCTOR SAAVEDRA	109
La naturaleza humana, motivaciones, pasiones y desarrollo individual, <i>por</i> DR. MARIO AUGUSTO REYES	122
El desarrollo individual y la polaridad deterioro-crecimiento en el pensamiento de Erich Fromm, <i>por</i> DRA. SONIA GOJMAN DE MILLÁN	138
Fromm, lo inconsciente y el problema de la Existencia, <i>por</i> DR. GIUSEPPE AMARA	154
Creatividad, comunicación y arte, <i>por</i> DR. JUAN GRIJALVA	170
<b>IV. EL PSICOANÁLISIS Y LA SOCIEDAD</b>	
La crisis contemporánea, <i>por</i> DR. ANICETO ARAMONI	185



<b>Erich Fromm y el psicoanálisis de la sociedad, <i>por</i> DR. MICHAEL MACCOBY</b>	<b>210</b>
<b>Fromm ante la crisis del psicoanálisis y la crisis social contemporánea, <i>por</i> DR. ALEJANDRO CÓRDOBA</b>	<b>223</b>
<b>Carácter social y defecto socialmente modelado, <i>por</i> DRA. HILDA DÍAZ MARROQUÍN</b>	<b>235</b>



**Nunca he trazado una línea artificial entre enseñar  
[y aprender.  
Un maestro deberá saber más que su discípulo, por  
[supuesto.  
Pero para mí, enseñar es aprender.**

**PABLO CASALS**

**A diferencia de Oscar Wilde, Fromm sí puso el genio  
tanto en la vida como en la obra.**

**ANICETO ARAMONI**

**Amor sin coraje y sabiduría es sentimentalismo,  
como en el miembro ordinario de la iglesia.  
Coraje sin amor y sabiduría es temeridad,  
como en el soldado común.  
Sabiduría sin amor y coraje es cobardía,  
como en el intelectual típico.  
Por lo tanto uno que tenga amor, coraje y sabiduría  
es uno en un millón que mueve el mundo  
como Jesús, Buda o Ghandi.**

**AMMON HENNACY**



## PRESENTACIÓN

Este libro reúne las ponencias que fueron presentadas en la reunión-homenaje, organizada en forma conjunta por el Instituto Mexicano de Psicoanálisis, A. C. y la Sociedad Psicoanalítica Mexicana, A. C., para celebrar el octagésimo aniversario que Erich Fromm cumpliría el 23 de marzo de 1980, y una serie de conferencias que con el mismo fin tuvieron lugar ese año.

Expresa en gran medida la experiencia personal que significó el encuentro con Fromm del grupo de psicoanalistas mexicanos formados directamente por él. Refleja vívidamente la admiración, el conocimiento y la comprensión que surgieron de una intensa y rica relación que, en el caso de algunos, se desarrolló a lo largo de los veinticinco años que Fromm permaneció en nuestro país.

Mucho de lo aquí escrito se deriva de él, a quien se ofrecía el homenaje en el que no pudo estar presente por haber fallecido seis días antes. Las trece contribuciones son trabajos que presentan diferentes puntos de vista pero que indican la común influencia que Fromm llegó a ejercer en los distintos campos incursionados por los autores.

Creemos que, más que cualquier otro psicoanalista contemporáneo, él ha contribuido en muchos sentidos a la comprensión del hombre. Sabemos que su conocimiento se enriqueció a través de su experiencia clínica y que su aporte, audaz y decisivo, en su concepción del hombre, consistió en explorar la relación del hombre con su sociedad, así como el efecto que ésta produce en él y el devenir de ambos. El presente volumen es una respuesta al estímulo de sus ideas. Conocimos lo mucho que para él significó el cuestionamiento continuo de la vida. Él mismo dedicó y consagró su vida entera a instigar la con-



ciencia enajenada, a romper las cadenas de la ilusión, a enfrentar el miedo a la libertad y deshacer las simbiosis, a luchar por la independencia, a plantearse la disyuntiva existencial del ser en lugar del tener, de vivir en lugar de fundirse con las cosas; su vida es un ejemplo de la lucha por la liberación del hombre enajenado, por sí mismo y por la sociedad.

Cada ensayo resulta la expresión personal así como la elaboración original y crítica de los propios conceptos que esbozó Fromm. El libro está dividido en cuatro partes que señalan algunas de las áreas en las que trascendió su pensamiento. La primera parte corresponde a los trabajos de Aniceto Aramoni y Jorge Derbez, que contienen una aproximación a Fromm viva, emotiva, profunda; ambos pertenecían al grupo que más convivió y lo conoció personalmente. A. Aramoni lo relata de manera frontal, directa; J. Derbez hace una crónica de la estadía de Fromm en México y de lo que México significó para él y su trabajo. Dos temas clínicos forman la segunda parte. Ahí, Fernando Narvárez y Eduardo Zajur exploran conceptos fundamentales en la relación analista-analizando, su interacción y el proceso analítico. F. Narvárez sintetiza las ideas centrales de la terapéutica del psicoanálisis humanista. E. Zajur, muestra la importancia del análisis de los sueños a través del relato de un caso clínico. En la tercera parte, cinco contribuciones abordan temas relativos al conocimiento del hombre: Víctor Saavedra, en un propósito epistemológico, señala a pensadores que influyeron profundamente en E. Fromm: Freud y Marx. Mario A. Reyes presenta una disertación sobre la naturaleza humana. El desarrollo individual y las polaridades del crecimiento y el deterioro, son tratados por Sonia Gojman de Millán; el inconsciente, el problema de la existencia y diversas conciencias, por Giuseppe Amara, y un esbozo sobre la comunicación a través de la creatividad es el tema de Juan Grijalva. En la cuarta parte, dedicada al psico-



análisis y la sociedad, A. Aramoni expone la crisis contemporánea y Michael Maccoby postula una síntesis acerca del carácter social y la técnica para explorarlo. Alejandro Córdova hace una crítica sobre las estructuras sociales y la crisis del psicoanálisis, e Hilda Díaz estudia el carácter social y el defecto socialmente modelado.

Nuestra intención al recopilar estos ensayos ha sido presentar un trabajo de conjunto, aunque cada uno de ellos es en sí un trabajo completo; lo que obligó a los autores a adoptar materiales elaborados originalmente para las conferencias, en beneficio de un mayor rigor en la publicación. Algunos conceptos tales como neurosis, enajenación, pasiones enraizadas en el carácter, carácter social y otros, son examinados por varios autores, lo que permite que el tema aparezca controvertido y resulte igualmente enriquecido. Los textos fueron revisados cuidadosamente por los autores, y en algunos casos fue necesario sujetarlos a limitaciones de espacio. El original de M. Maccoby fue presentado en inglés, y traducido por nosotros, con la ayuda técnica de Ricardo Mondragón. Cabe destacar que estos textos representan sólo a algunos de los egresados del Instituto Mexicano de Psicoanálisis, así como a varios miembros de la Sociedad Psicoanalítica Mexicana. Agradecemos la cooperación de los compañeros que participaron y aceptaron la crítica individual tanto como la del grupo en cada uno de los trabajos. Asimismo, agradecemos a Luz Fernández de Alba, quien leyó los manuscritos e hizo sugerencias pertinentes para mejorar el estilo, lo que en nuestra opinión dio más fuerza a ciertos conceptos, y a Rebeca Baran, quien tuvo a su cargo la mecanografía, labor ardua y tediosa.

Salvador Millán  
Sonia Gojman de Millán  
Coordinadores de la publicación  
México, D. F., febrero de 1981





Propriety of the Erich Fromm Document Center. For personal use only. Citation or publication of material prohibited without express written permission of the copyright holder.

Eigentum des Erich Fromm Dokumentationszentrums. Nutzung nur für persönliche Zwecke. Veröffentlichungen – auch von Teilen – bedürfen der schriftlichen Erlaubnis des Rechteinhabers.

## I. FROMM EN MÉXICO

Gojman de Millán, S., and Millán, S. (Ed.), 1981: Erich Fromm y el psicoanálisis humanista, México (Siglo XXI Editores) 1981.



## FROMM EL AMIGO, EL TERAPEUTA, EL HOMBRE UNIVERSAL

DR. ANICETO ARAMONI

Nos reunimos para celebrar los ochenta años de un hombre. La vida le permitió la longevidad aunque al costo de tener que ganarse, paso a paso, minuto a minuto, la permanencia, obstaculizada por agresiones diversas sobre su salud, a las que siempre derrotó y a las que en varias ocasiones, empleando la táctica del judo, utilizó en su propio beneficio. Lo dijo alguna vez: "Debo mi cultura, lo que sé, a mis enfermedades." No sería exageración decir que se pasó media vida leyendo. A quien lo haya conocido y escuchado no le asombrará; transmitía la certeza de habero leído todo, y de saberlo todo.

Hablar de Fromm es una aventura. Su persona, su historia, sus luchas, los acontecimientos diversos de su vida, sólo a él le pertenecían; su modestia, su humildad, su pudor casi no le permitían hablar de sí mismo, eran los otros los que le interesaban, eran los otros a quienes pretendía entender y ayudar.

Esta forma discreta de ser, este sigilo, permite comprender que pudiera analizar y enseñar a varios profesionistas mexicanos relacionados entre sí, pero con intereses diversos y hasta opuestos, con criterios disímbolos y actitudes existenciales diferentes, que lo hacían mantenerse en peligroso equilibrio inestable.

Alumnos cercanos a los cincuenta años, establecidos y en gran medida realizados, maestros, directores tradicionales, por una parte; individuos frisando los treinta, de diferentes especialidades o con ninguna clara, a su vez alumnos de los alumnos mayores,



por la otra. De ellos, muchos habrían coincidido en las aulas para realizar la especialidad de psiquiatría que por primera vez existía dentro de la UNAM. Maestros durante las mañanas o tardes, alumnos todos durante las noches en que Fromm, maestro indiscutible y único, igualaba su condición y circunstancia.

El tacto, la tranquilidad, la seguridad de Fromm hacían posible que la instrucción, la formación, el análisis personal didáctico y las supervisiones se dieran dentro de un clima democrático y antiautoritario. No fue ésta una de sus labores menos importantes.

Debemos aceptar que Fromm ignoró, intencionada o inintencionadamente, algunas indicaciones freudianas: "Una edad próxima a los cincuenta años crea condiciones desfavorables para el psicoanálisis. La acumulación de material psíquico dificulta ya su manejo, el tiempo necesario para el restablecimiento resulta demasiado largo y la facultad de dar un nuevo curso a los procesos psíquicos comienza a paralizarse."<sup>1</sup> Es posible que, por una parte, no estuviera convencido de la realidad de tales observaciones y que, por otra, sus atributos humanos no le hubieran permitido una conducta diferente a la que adoptó frente al grupo de sus analizandos: hacer hasta lo imposible por cada uno, conceder el tiempo sobrado para que el análisis exhaustivo pudiera dar resultados, hacer todo ese trabajo sin límite y sin fijación de plazos, conservar la fe en las posibilidades humanas de cambio y de mejoría, no entorpecer la libertad y la espontaneidad de cada uno de sus analizandos, en suma, no emplear en ningún caso autoridad de tipo irracional. Los trece que formaron el grupo original constituían un conjunto abigarrado, heterogéneo, lo mismo en cuanto a edad que en lo referen-

<sup>1</sup> S. Freud, *Técnica psicoanalítica*, en *Obras completas*, Madrid, Editorial Biblioteca Nueva, 1968, tomo II, p. 396



te a intereses, así como a preparación previa y a experiencia. Ese conjunto le fue asignado al Dr. Fromm para psicoanalizar. No hubo alternativa ni elección posible. Por esa razón y otras más, parecería injusto enjuiciar al psicoanalista por los resultados, censurar el procedimiento y la técnica en virtud de lo obtenido dentro de esa casuística multifacética.

Permítanme decir que en ocasiones he tenido que responder a ciertas críticas sobre los resultados analíticos en algunas personas, de la siguiente manera: “probablemente sin análisis unos estarían en la cárcel, otros en un sanatorio psiquiátrico, alguien más se habría suicidado; lo que se logró (en el caso concreto de las críticas) fue bueno en general, lo óptimo considerando las posibilidades”.

Volviendo al grupo analizado a partir de los años cincuenta, vale decir que la Parca se mostró particularmente virulenta con algunos de sus miembros: han desaparecido cuatro, dos de ellos, Raúl González Enríquez y Arturo Higareda, sin alcanzar a producir lo que sin duda prometían. Nos dejaron cuando todos esperábamos y confiábamos en tener acceso al fruto de su madurez humana, su sensibilidad y su imaginación; los que fuimos sus amigos lo deploramos todavía.

Cada uno de los restantes escogió su propio camino, algunos se distanciaron, otros se reúnen de modo ocasional; en la actualidad permanecen tres dentro del Instituto, dos activos y uno que colabora de manera incidental.

#### EL ENCUENTRO: “DOCTOR LIVINGSTONE, I PRESUME?”

José F. Díaz insistió siempre, y no hay por qué dudarle, en que fue él quien primero entró en contacto con Fromm, del que ya había leído *El miedo*



*a la libertad*, único de sus libros traducido al español por aquel entonces. Ese encuentro, asociado con los otros psiquiatras interesados en psicoanalizarse, fue fructífero, ya que lograron convencer a Fromm de que se quedara en México y de que instruyera a un grupo mexicano.

La estancia de Fromm en México fue consecuencia de la enfermedad de su esposa con la que viajara a San José Purúa, hotel de aguas termales reputadas como excelentes. Intervinieron en fecha posterior el Dr. José Zozaya, director de la Escuela de Graduados ya desaparecido. Raoul Fournier y Bernardo Sepúlveda fueron elementos decisivos para el arraigo del psicoanálisis humanista en México. Por su condición de director de la Facultad de Medicina de la UNAM el primero; y por su relación con la misma Facultad y con el IMSS el segundo, ambos estuvieron en posibilidad de proporcionar el apoyo que hacía falta para que Fromm pudiera permanecer en México y el psicoanálisis humanista trascendiera; siempre fueron amigos de Fromm y los miembros del Instituto Mexicano de Psicoanálisis se sienten deudores agradecidos de ellos.

Reunido el grupo inicial, se comenzó en 1950 el primer ciclo de conferencias que tuvo lugar en un aula del IMSS en la calle de Orizaba. El tema, muy interesante para quienes se adentrarían en el mundo del psicoanálisis no hollado aún en México, "El lenguaje olvidado", dedicado a la interpretación de los sueños, al lenguaje simbólico, cuentos de hadas, Mito del Paraíso, Edipo; en suma, el contenido de ese hermoso libro de igual nombre, expuesto personalmente por el autor. Me parece que muchos de los que asistieron a ese ciclo (abierto al público) se conmovieron con la personalidad de Fromm; estaban por primera vez escuchando al pensador original, creativo, dentro de un tema apasionante pero desconocido, tratado con frescura, poesía, profundidad tridimensional; era como adentrarse en un camino



prometedor, lleno de esperanza. Se estaba frente a un hombre sencillo, seguro, experto y de vasta cultura. Aquello prometía ser un manantial inagotable de productividad, y lo fue durante veinte años.

La historia de la permanencia de Fromm en México está llena de acontecimientos creativos: seminarios, análisis didáctico, supervisión, conferencias y multitud de personalidades de mucha enjundia que por él conocimos: Tillich, Balint, Rose Spiegel, Tauber, Suzuki y tantos otros. El sitio donde vivía era de peregrinación; ahí se estaba creando y difundiendo el psicoanálisis humanista, concepción original, de ámbito extenso, de múltiples implicaciones de las que el sociopsicoanálisis no es una de las menos importantes y sí la de mayor trascendencia.

La personalidad amena, atractiva, erudita, profunda, amistosa y revolucionaria de Fromm, pronto se convirtió en algo que había que conocer de forma directa, inmediata. Visitantes de todos lados, lo mismo de Sudamérica que de Israel, de Norteamérica que de Europa, particularmente Yugoslavia, afluyeron a donde él vivía y enseñaba. Cuernavaca llegó a ser el centro del psicoanálisis humanista, poblado de congresos y simposios a cual más interesantes.

#### HOMO HUMANISTICUS

Al igual que *el hombre de la barra*, aquel a quien por primera vez en la historia de la medicina se le descubrió el síndrome del lóbulo frontal; del mismo modo que el individuo en quien por primera vez pudo Beaumont observar la fisiología del estómago a través de la fístula producida por la herida de bala en el abdomen; de igual forma que el pastorcillo mordido por un perro rabioso que fue vacunado por Pasteur con extracto de médula de conejo; así, las personas analizadas por Fromm en México pue-



den considerarse como homo humanisticus, como aquellos en quienes por primera vez fueron empleados los métodos, la técnica, la praxis del psicoanálisis humanista que Fromm estaba creando.

El psicoanálisis no puede experimentarse *in vitro*, en animales, precisa aplicarse a seres humanos de ciertas características, *in vivo*. La experiencia del autor de este tipo de análisis era ya abundante cuando vino a México, pero aún no estaba diseñada la teoría, que Fromm creaba en la medida que sus observaciones tomaban cuerpo y forma, se estructuraban hasta llegar a tener una organización dialéctica, dinámica, viva.

Se experimentó el encuentro y la terapia “de centro a centro”, también lo de “saltar dentro del otro”, “convertir la angustia en miedo”, “el argumento secreto” de cada individuo, “desreprimir” y, por supuesto, cobró una nueva dimensión lo de que “donde hay ello debe haber yo” y se difundió que la “neurosis es una forma de religión personal”. El material humano de observación de cerca de veinte años —no el único por supuesto— fue el grupo de personas mexicanas analizadas por Fromm durante los años importantes de su madurez de investigador.

Creó una técnica y un instrumento que contiene viveza, dinamismo, versatilidad, profundidad a un procedimiento que iba camino del anquilosamiento y el convencionalismo, la rigidez y el autoritarismo. Remozó vivificándolo el psicoanálisis que Freud creó como algo revolucionario para su tiempo, anti-convencional, destinado a “salvar la humanidad” y que la falta de originalidad, de espontaneidad y creatividad de sus epígonos llevaron a convertir en lo contrario de su concepción y función original de principios de este siglo.

Este procedimiento resultaba más difícil que cualquier otro; pretendía llevar al hombre a la madurez, a la libertad-espontaneidad, a realizar al máximo sus potencialidades, a la objetividad y al amor,



a una respuesta social idónea y crítica, no a ajustarse.

Puede verse que tales metas no coinciden con una sociedad industrial tecnocrática, enajenada, deshumanizada, irracional y más o menos autoritaria; más bien resultan repelentes y contradictorias.

Si se sabe lo que es y lo que debe ser, se está dentro del terreno de la revolución social. Esta forma de comprender el psicoanálisis no permite concesiones, exige la investigación radical y pretende influir modificando el carácter del individuo, donde enraíza cualquier determinación ética. Se entiende que al aplicar la razón a lo irracional, al desreprimir, al combatir la idolatría, se está dentro de una revolución, “la única válida” que decía Tolstoi, “la que se hace dentro de uno mismo”.

El análisis es como un viaje al espacio interior, en que hay que ver al individuo, como decía Suzuki, “desde dentro”; ninguno de los métodos diseñados desde el descubrimiento de Freud hasta nuestros días alcanza la profundidad, el campo de acción del psicoanálisis humanista.

Con esa humildad característica en él, Fromm decía: “Freud construyó una bella casa, yo sólo he intentado arreglarla un poco por dentro, aquello que se había deteriorado o había quedado fuera de función.”<sup>2</sup>

Si cada hombre elabora un “argumento secreto”, se comprenderá que en la labor psicoanalítica no hay nada fácil; si se trata de problemas de ambivalencia, si se trata de funciones y no de topografías, si los instintos pasan a segundo término porque, entre otras razones, cuando ya están resueltos éstos, principian los problemas humanos, pueden vislumbrarse las dificultades de esta investigación-praxis-arte que es el psicoanálisis humanista que por otra

<sup>2</sup> Pido perdón si alguna de estas citas no es una repetición idéntica a como fue expresada por él, no resulta fácil si se guardaron en la memoria y ya han transcurrido muchos años.





parte debe comprender, en cada caso, en qué consiste esa “religión personal” que se llama neurosis.

#### Y SE DEDICÓ A ENSEÑAR

Un maestro debe ser ante todo estimulante, se es maestro porque se ha conseguido “amaestrar” alguna ciencia, algún oficio, un arte. El maestro no sólo debe transmitir lo que logró a los otros sino, al mismo tiempo, convertir a quien tenga el fermento, la levadura, en un maestro como él, o como el otro pueda llegar a ser.

Por supuesto que todo dependerá del carácter del maestro; podrá ser obsesivo, y su enseñanza estará condenada a la duda, la avaricia, la acumulación; podrá ser mercantil, y de ahí a comercializar su ciencia y su praxis habrá sólo un paso; podrá ser productivo, lo que implicará la condición más idónea para transmitir, estimular, crear. Un individuo tal, chisporrotea, incita, provoca y problematiza, revoluciona y produce.

La clave está en dar todo sin restricciones, sin temor a la competencia y la rivalidad, sin preocuparse por el expolio o la depauperación; sólo resulta posible cuando el maestro no le teme a dar, cuando es consciente de que mientras más da más tiene, más logra, más trasciende y más crea, ya que no se trata de una cantidad limitada, de un capital invariable que hay que conservar y proteger a fin de que no se gaste y disminuya el monto. Si se trata de una función autoalimentadora y no de un depósito fijo orgánico inmutable, mientras más funcione más producirá; esa función será estimulada por los otros, por la crítica, el escrutinio, la interrogación, la corrección y la prueba.

Un maestro no invoca poderes superiores ni espera soluciones mágicas. Se enfrenta a los problemas con



lo que sabe, posee y puede. Si es Einstein se atreverá a decir: “Si a veces no se peca contra la razón no se descubre nada”; también dirá: “No hay ningún camino lógico que lleve al reconocimiento de las leyes fundamentales, sólo lo hace la pista de la intuición. En ello, el papel de brújula queda para el presentimiento del orden superior, que se oculta detrás del desorden de los fenómenos.”

La psicología y el psicoanálisis resultan ser hermanas bastardas de las ciencias con mayúscula como la Física. A ellas dedicó Fromm su tiempo y su talento, por supuesto su erudición y también su intuición; a él le interesaba el hombre y su sociedad, las fuerzas que los mueve, su dinámica.

Resulta un avance importante hablar de función en vez de anatomía, hablar de dinámica en vez de topografía, referirse a adaptaciones activas en vez de adaptaciones pasivas, a productividad en vez de estado genital de la libido, amor en vez de sexualidad genital fálica, creatividad por razón de carácter productivo en lugar de sublimación, alegría en lugar de calmar la tensión instintiva.

Es la diferencia clara entre un primate erguido y un hombre, sujeto a dicotomías existenciales e históricas, enfrentado a necesidades básicas humanas, con una vida por resolver, única, la suya, irrepetible, por la que debe responder ante otros y ante sí mismo.

Ese pensador infatigable que era Fromm no siempre fue justamente apreciado. Se ocupó de lo que ahora se llama antipsiquiatría antes quizá que sus “creadores”; algunas otras ideas enunciadas por él entre sus amigos fueron posteriormente publicadas como originales y Fromm tuvo que decirlas como si él estuviera plagiándolas de quienes las habían escuchado durante sus charlas, o bien hacerlas aparecer como anacrónicas.

Conocedor profundo de la irracionalidad, convencido de que era preciso aplicar la razón a lo irra-



cional, que había que practicar psicoanálisis radical, tenía fe en el hombre, lo que es “la certidumbre de lo incierto”, “que se realizará aquello que nada más está en potencia”; su procedimiento se caracteriza porque no sólo es crítico y descubre las resistencias y la represión, sino que cree en aspectos biofílicos del individuo, que posee las fuerzas para modificar la existencia neurótica personal, y por medio del carácter social (su descubrimiento) puede provocar cambios de mayor trascendencia.

Al liberar al hombre del determinismo fatal, al comprobar la falacia del hombre destructivo, resultaba consecuente la proposición de soluciones individuales y sociales. Al igual que sucede a muchos de los grandes pensadores de todos los tiempos, su obra es como un continente recién descubierto, en que pueden vislumbrarse posibilidades enormes, numerosos caminos, vetas ricas y fuentes generosas. Sin embargo, con todo y ser tan amplia, no se trata de una obra terminada: falta y está por hacerse lo relativo a la clínica y a la técnica que luce prometedora en sus sugerencias, por su amplísimo campo de acción. Es en este sector de la praxis del psicoanálisis humanista en el que pesa una obligación y una responsabilidad para aquellos que fueron sus discípulos, sus analizandos y, cuando lo fueron, también sus amigos.

Fromm logró de alguna manera una síntesis interesante de lo mejor del mundo oriental cercano (Biblia y Talmud, profetas), del mundo oriental lejano (budismo zen, Suzuki), del mundo occidental griego y del occidental místico (Eckhart-Spinoza-Schweitzer), del mundo occidental dialéctico y de una lógica paradójica (Marx y Freud), del mundo mitológico y simbólico (Bachofen). Su obra perdurará en la medida que el hombre continúe en el camino y en la búsqueda del hombre que hay en él, en germen y en fermento, que se expresa con el gerundio: *estar siendo*.



## EL HOMBRE UNIVERSAL

Herederó de la mejor tradición humanista del centro de Europa, de la tradición judía, profundamente interesado en la opción socialista para este mundo, en la revolución rusa de 1917, estudioso de la religión, pacifista, enemigo de la destructividad y la violencia, amigo de la libertad y de la espontaneidad, del pensamiento racional, y dispuesto a denunciar la autoridad irracional en cualquiera de las formas que ésta pudiese adoptar. De una cultura y una instrucción superior, incluso dentro de su microuniverso alemán de infancia y adolescencia; políglota de hebreo, alemán, inglés, francés, español, suficiente ruso y raíces griegas y latinas, lo que le confería acceso a numerosas culturas a través del vehículo conductor insustituible que es el propio idioma; capaz de tocar en el piano a cuatro manos con su esposa música de Bach, está preparado para la universalidad, para ser un ciudadano del mundo, interesado en todas y en cada una de sus manifestaciones, a vivir con alegría lo mejor que la existencia puede ofrecer, a comprender y a vivenciar al hombre de cualquier cultura, a buscar la raíz universal de cada uno y de todos. A lo largo de más de cincuenta años su obra se ha dedicado a aclarar ese panorama: ¿quién es el hombre?, ¿cómo es?, ¿qué lo hace ser?, ¿adónde va?, ¿cómo?, ¿podría ser de otro modo?, ¿puede hacerse algo para mostrarle quién es, cómo es y adónde va, adónde puede ir y cómo? Puede afirmarse que después de Fromm el hombre es ya menos desconocido.

El individuo debe dejar el clan, la consanguinidad, el incesto; de ahí la importancia de la socialización, y por supuesto el socialismo humanista como una solución para los seres, la más aceptable sin duda.

Dos hechos pueden dar la medida del hombre Fromm: conmovirse hasta las lágrimas frente a “Je-



remías llorando la destrucción de Jerusalem” de Rembrandt en el Rijksmuseum de Amsterdam y preocuparse profundamente minuto a minuto durante la crisis de los misiles en octubre de 1962, entre Rusia y Estados Unidos, en la que sus protagonistas, Jrushov y Kennedy estaban inmersos en ese juego diabólico de política, prestigio, fuerza y narcisismo. En ninguna ocasión ha estado tan cercana la humanidad de la destrucción masiva. Fromm vibró dolorosamente durante esta espectáculo macabra que para muchos pasó inadvertida o infravalorada.

El hombre generoso, sencillo, bueno, amistoso que hay en Fromm, se entregó sin limitaciones al hombre de México, al país, lo mismo al campesino desamparado e inculto que al profesional de la psiquiatría y del psicoanálisis, su analizando y discípulo al igual. Una cualidad de algunos grandes, como Suzuki y Fromm, consiste en que están “visceralmente” cuando están, sin importar con quién y cuándo, él estuvo siempre de modo total cuando se le requirió, en cada ocasión y en toda circunstancia, porque ese momento era el más importante de su existencia.

Hay que agradecer a la vida el conocer individuos así.

Puedo y debo decirlo: Fromm es el mejor hombre que he conocido.



## FROMM EN MÉXICO: UNA RESEÑA HISTÓRICA

DR. JORGE DERBEZ

Erich Fromm vivió 25 años en México —de 1949 a 1973. Él había venido de Nueva York, donde residía desde 1934, con la intención de pasar solamente una temporada en un balneario tropical templado, en busca de alivio para las dolencias de su esposa, quien sufría una artritis reumatoide severamente agravada por el duro clima neoyorkino. Él tomaría para sí esa temporada como especie de año sabático —después de 25 años de ininterrumpida labor—, aprovechándola para escribir uno de sus más profundos y bellos estudios: *El lenguaje olvidado*. Traído por simple azar del destino, se quedó aquí cinco lustros. Hondos motivos conjugados a circunstancias particularmente propicias: el encuentro inesperado de un terreno fértil y justo a punto para explorar una posibilidad particularmente atractiva para su carácter de guía, de sembrador: la posibilidad de iniciar el desarrollo del psicoanálisis en México.

En la década de los cuarenta se había iniciado en México el proceso de institucionalización de la práctica médica: profesionalización, por una parte; socialización, por la otra. Es la obra de Cardiología y Nutrición, del Hospital Infantil, la modernización del Hospital General y el arranque del Seguro Social. Hacia el final de la década, toca el turno a la psiquiatría. Entre 1948 y 1950 cuatro médicos jóvenes —Aniceto Aramoni, Arturo Higareda, Armando Hinojosa y yo mismo— nos habíamos acercado a Raúl González Enríquez, nuestro profesor de psiquiatría en la carrera de medicina, para aprender de

[27]



él, el hombre generoso y abierto, el maestro inquieto y dispuesto a enseñar, a organizar, a impulsar el desarrollo profesional de la psiquiatría. Él hacía entonces su labor en el pabellón “Observación, Hombres”, del antiguo manicomio de La Castañeda, a la vez que organizaba la Clínica de Neuropsiquiatría del IMSS, a invitación de su contemporáneo el Dr. Guillermo Dávila, entonces jefe de Servicios Médicos del Seguro.

Ni el Dr. González Enríquez ni nosotros quisimos limitarnos al tradicional aprendizaje puramente clínico de la psiquiatría. Nos propusimos organizar el primer curso —de dos años— de especialización en esta materia. Para ello, tuvimos que empezar por reconstruir y adaptar el pabellón —que se encontraba en condiciones deplorables. Fue reconstruido con la generosa colaboración de un grupo de señoras —la “Asociación Benefactora del Enfermo Mental”— que se encargaron de recabar los fondos necesarios. Mientras tanto, nosotros organizábamos el curso. Para ello contaríamos con la colaboración docente del maestro Dávila (psicopatología), de los doctores José Luis Patiño y Abraham Fortes (clínica), Efrén del Pozo (neurofisiología), Dionisio Nieto (neuropatología), Pascual del Roncal (pruebas psicológicas) y de los antropólogos Monzón y Claudio Esteva.

Ya a punto de arrancar, hacia fines de 1950, González Enríquez descubre la presencia del Dr. Fromm en México a través de noticias de Abraham Fortes, del Dr. José Zozaya, entonces director de la División de Graduados de la UNAM y del Dr. José F. Díaz, quien estaba organizando un departamento de higiene mental dependiente de la División de Graduados. González Enríquez se va de inmediato a San José Purúa a presentarse con Fromm e invitarle a participar en nuestro curso de psiquiatría.

Incitado por el entusiasmo de González Enríquez, atraído por la personalidad de este médico de



los pobres, este investigador (*Notas para la interpretación del pensamiento mágico*) y a la vez escritor (la novela *San Antonio, S. A.*, en la que González Enríquez expresa sus inquietudes socialistas), y movido por una viva simpatía que siempre experimentó por todo aquello que estuviera naciendo, Fromm acepta la invitación y comienza a venir cada miércoles desde San José Purúa para darnos un seminario, ya en el curso de psiquiatría, sobre dinámica del inconsciente, en torno al libro que está escribiendo. De *El lenguaje olvidado* expone ante nosotros —alborozados, sorprendidos— la reinterpretación del Edipo, mito matriarcal, conflicto de autoridad: el verdadero drama de Joseph K., el personaje de *El proceso*, de Kafka; el sentido de los mitos de la creación, el significado de los cuentos de hadas, las diversas maneras de interpretación de los sueños.

El Dr. Fromm nos cautiva de inmediato por su calidad humana, por su espíritu científico, por su claridad didáctica. Erudición y a la vez originalidad; penetración, profundidad, amplitud de perspectivas y a la vez modestia y sencillez; candor, a la vez que escepticismo y cautela. Después, ya como estudiantes del psicoanálisis y como pacientes de él, conoceríamos su franqueza y sinceridad, su expresión directa, mas siempre respetuosa; su compromiso sin reserva ante el paciente: profunda seriedad ante la tarea, pero no exenta de sentido del humor; su comprensión, generosidad y tolerancia, mas al mismo tiempo, su impaciencia ante la injusticia, la mentira, la falta de integridad, y, por sobre todo, su espíritu crítico a la vez que su fe en nuestro potencial de desarrollo.

Dado el primer y fecundo contacto, impulsados por el entusiasmo que nos despierta el auspicioso inicio de nuestro curso de psiquiatría, nos atrevemos a plantear al Dr. Fromm una segunda invitación mucho más comprometedora: ¿Querría él quedarse





durante algunos años en México, los suficientes para formar un primer grupo de psicoanalistas? Trece solicitantes suscriben esta petición: primero, “la vieja guardia”: González Enríquez, A. Millán, Dávila —ellos, que ya desde 1934 dictaban conferencias sobre Freud y organizaban seminarios para la lectura de sus textos. Segundo, los cuatro jóvenes médicos de “Observación, Hombres”, coorganizadores y estudiantes del curso de psiquiatría y, con ellos, Abraham Fortes y el mismo José F. Díaz —quien se añadiría después a la enseñanza de la psiquiatría, en su rama infantil—; y, en fin, cuatro talentosos médicos, también jóvenes, recién regresados de Estados Unidos donde habían ido a adiestrarse en psiquiatría: Ramón de la Fuente, Francisco Garza, Jorge Silva y Jorge Velazco.

Nuestra petición plantea a Fromm un grave dilema: por una parte, el interés que le suscita este naciente desarrollo, este germen, esta posibilidad; y, por otra, todos sus compromisos y programas de trabajo en Nueva York, con su bullente clima intelectual y artístico.

Fromm radicaba en Nueva York desde 1934. En 1933, cuando practicaba en el Instituto Psicoanalítico de Berlín y en el Instituto de Investigaciones Sociales de Frankfurt, viajó a Chicago invitado por Karen Horney como profesor conferenciante del Instituto Psicoanalítico de esa ciudad. Advertido del grave peligro nazi, decide no regresar a Alemania y se instala en Nueva York. Ahí, donde había publicado ya su obra básica, *El miedo a la libertad* —en ella se encuentran perfectamente definidas su postura, su metodología, las grandes líneas de su pensamiento, en ella incubados todos los desarrollos posteriores de su teoría— Fromm tiene la oportunidad de participar en una serie de movimientos de vanguardia: la New School for Social Research, la renovación de la práctica psiquiátrica por el grupo de discípulos de Alanson Whitte y Adolf Meyer que



encabeza H. S. Sullivan, el “despertar sensorial” de Charlotte Selver —con quien Fromm estudiará durante varios años— y el budismo zen, expuesto por D. T. Suzuki como profesor visitante de la Universidad de Columbia. Destaca en este contexto su labor en el Instituto William Alanson Whitte de psicoanálisis, psiquiatría y psicología, del que es cofundador en 1942. De su labor ahí diría Earl Wittenberg, director del Instituto: “Erich Fromm participó plenamente durante los primeros siete años de vida de nuestro Instituto como mentor, maestro y amigo y desde 1951 ha seguido colaborando como asesor, supervisor y profesor extraordinario. Él introdujo entre nosotros un legado de humanismo, una comprensión insuperable de los factores socioeconómicos y sus concomitantes caracterológicos e inconscientes y un vigor y una franqueza poco comunes en la manera de abordar las situaciones analíticas, todo lo cual ha impregnado la vida de nuestro Instituto. Él es una fuerza vital conductora. Su énfasis en la vitalidad, la creatividad y los recursos productivos latentes en los pacientes, ha incrementado notablemente el potencial terapéutico del psicoanálisis” (cit. por Landis y Tauber [comps.] en *In the name of life*, libro homenaje en ocasión del 70 aniversario del natalicio del Dr. Fromm).

Afortunadamente para nosotros, Fromm resolverá el dilema optando por el “proyecto México”, reservando únicamente dos meses al año para continuar su colaboración en Nueva York. Fundamos entonces los trece nuevos discípulos el “Grupo Mexicano de Estudios Psicoanalíticos”, el Dr. Zozaya allana todas las dificultades, el Dr. Fromm es designado profesor extraordinario de la Facultad de Medicina y a mediados de 1951 Fromm inicia la formación del primer grupo de psicoanalistas en México, con un curso que se extendió formalmente hasta 1956 (aun cuando en realidad todos seguimos tomando análisis de supervisión durante varios años más con él mis-



mo continuando así nuestra formación como analistas didactas).

Este nuestro primer curso de psicoanálisis fue una tarea muy absorbente para el Dr. Fromm, ya que además de analista didacta de trece nuevos alumnos —y alumnos de otra cultura, otra lengua— era el único supervisor y conductor de los seminarios teóricos, clínicos y de investigación (“Psicoanálisis de la función materna” fue el tema que investigamos de manera continua durante esos años). Fue un alivio para él, y una experiencia muy estimulante para nosotros, el que ocasionalmente algunos de sus colegas neoyorquinos vinieran por breves temporadas a participar en el curso como supervisores: Nathan Ackerman, Edward Tauber, Clara Thompson, Rose Spiegel y John Thompson; y como conferenciantes en visitas ocasionales, Michael Balint, O. Spurgeon English, Roy R. Grinker, Jude Marmor, los sociólogos Petrovich y R. Goldman, el teólogo Paul J. Tillich y los psiquiatras Sato, de Japón y Henry Ey, de Francia.

Para 1956 el Dr. Fromm ha cumplido su primer compromiso con nosotros: formar un primer grupo de analistas terapeutas. Sin embargo, ha decidido radicar indefinidamente en México: ha encontrado un clima espiritual muy apropiado para continuar su obra personal en el campo de la teoría del psicoanálisis y del sociopsicoanálisis y, comprende, además, que el grupo de noveles analistas requiere aún mucha ayuda para aprender a enseñar, a investigar, a aplicar y a difundir el psicoanálisis.<sup>1</sup> Así, a fines de 1956, el Grupo Mexicano de Estudios Psicoanalíticos se constituye en Sociedad Mexicana de Psicoanálisis para “. . .promover el estudio y la investigación en el campo del psicoanálisis dentro de un espíritu de la mayor libertad científica” y para

<sup>1</sup> Se consolida así el proyecto inicial de González Enríquez, querido maestro fallecido trágicamente en Tecoluitla en 1952.



**“promover el desarrollo del psicoanálisis en México”.**

A esa primera etapa de iniciación que se extendió de 1951 a 1956 —etapa de siete años si incluimos 1950, como año de incubación— seguirá una segunda, de siete años, de consolidación, que culminará con la creación del Instituto Mexicano de Psicoanálisis en marzo de 1963. Durante estos años nos iniciaremos en la enseñanza del psicoanálisis y en su aplicación a sus campos afines: medicina, psiquiatría, psicología, educación, delincuencia juvenil. Aprenderemos a conducir los análisis didácticos —la segunda promoción se inicia en 1957 con 15 alumnos— a supervisar, a impartir seminarios clínicos y teóricos. A partir de entonces, la enseñanza será responsabilidad del grupo inicial, si bien el Dr. Fromm continúa participando con algunos seminarios teóricos y clínicos y con algunas supervisiones individuales.

Al lado de nuestra formación docente, nuestra mayor responsabilidad fue iniciar la aplicación del psicoanálisis a los campos afines. En primer lugar, a la psiquiatría y a la psicología. En el campo de la psiquiatría, los doctores A. Millán y de la Fuente continúan organizando el curso de especialización iniciado por González Enríquez, en tanto que el Dr. Guillermo Dávila, entonces jefe del Departamento de Psicología de la Facultad de Filosofía y Letras, inicia ahí una labor de difusión que será después continuada por los doctores Julián Macgregor y Raymundo Macías.

En segundo lugar, a la medicina, donde la oportunidad inmejorable se da cuando el Dr. Raoul Fournier —analizado por el Dr. Fromm— asume la dirección de la Facultad de Medicina y lleva a cabo una reforma fundamental: la reforma humanista del plan de estudios de la Facultad de Medicina, de manera que desde el primer año, y a través de los seis de la carrera, se estudiará, al lado de la biología del



enfermo, su psicología, programa que continúa vigente a la fecha. La difusión de la necesidad de humanización de la medicina se extiende en tanto varios de los discípulos de Fromm —Dávila, A. Millán, de la Fuente, Velazco y yo mismo— somos miembros de la Academia Nacional de Medicina —importante tribuna entonces para la difusión de los principios del psicoanálisis humanista ante la profesión médica. De ella fue también miembro honorario el propio Dr. Fromm, cuyo discurso de ingreso (noviembre de 1957) expresa con la mayor claridad las posibilidades y compromisos de la medicina humanista.

Varios trabajamos en el campo de la educación; organizo y dirijo de 1956 a 1967 el Departamento de Psicopedagogía de la Universidad Nacional con la intención de aplicar y difundir la comprensión psicoanalítica a problemas de la educación superior. Más tarde, el Dr. Flores Oramas llevará a cabo algo similar en el Instituto Politécnico Nacional. Por otra parte, el Dr. José F. Díaz inicia su labor de difusión y aplicación del psicoanálisis al campo de la educación primaria y preescolar al establecer servicios de consulta y orientación en diversos centros escolares y al colaborar activamente, años más tarde, a la introducción del método Montessori en México. Un campo afín al de la educación, en el que en aquellos años algunos miembros del grupo inicial iniciaron la aplicación del psicoanálisis es el de la delincuencia juvenil, al cual se dedicó nuestro querido compañero Arturo Higareda y cuya labor asumió y continuó Carlos Tornero.

El impulso que el Dr. Fromm dio a la humanización de la educación se incrementó notablemente a partir de la publicación en español de la obra revolucionaria de A. S. Neill, *Summerhill, un punto de vista radical en educación*, editada en 1963 por el Fondo de Cultura Económica (10 reimpresiones a la fecha), con prólogo del propio Fromm y que



fue heraldo de todo un movimiento de humanización de la pedagogía en México, en todos sus niveles. Esta obra, así como las inquietudes y críticas de Iván Illich —en cuyo CIDOC tanto Fromm como Maccoby fueron entusiastas colaboradores— resultaron ser estímulos generativos de la llamada “educación activa” y también, y mejor aún, participativa, convivencial —un movimiento que, pese a sus riesgos y fallas, va ganando sostenidamente más y más educadores.

Dentro de este ímpetu de difusión, se da en el mismo año de 1956 otro hecho de la mayor importancia para el conocimiento del psicoanálisis en el mundo de habla hispana: el inicio de la larga serie de publicaciones que el Fondo de Cultura Económica seguirá haciendo hasta la fecha —hoy día, 72 títulos— en su colección “Biblioteca de Psicología”, dirigida por el Dr. Fromm. Esta colección se inicia, justamente, con la publicación en español de *The sane society, Psicoanálisis de la sociedad contemporánea*, de Fromm, con tal éxito que en 1976 se ha editado ya la 11a. reimpresión.

En esta segunda etapa de consolidación sobresalen dos hechos aislados que es imprescindible consignar: uno, el seminario de budismo zen y psicoanálisis y otro, la fundación de la Federación Internacional de Sociedades Psicoanalíticas (FISP).

Fromm nos comentó alguna vez, en ocasión de un seminario en su casa de Cuernavaca, que él reconocía como los cuatro pilares básicos de su pensamiento: la Biblia, Freud, Marx y el budismo zen. (Como contrafuertes habría que añadir a Spinoza, a Bachofen, a Darwin, a Eckart.) Fromm, paradigma de científico humanista, fue también un hombre profundamente religioso. Podría decirse que de no haber sido por su honda preocupación por conocer, por investigar y comprender las fuerzas irracionales operantes, tanto en los individuos como en las sociedades, Fromm hubiera sido probablemente un ra-



FROMM-Online

Propriety of the Erich Fromm Document Center. For personal use only. Citation or publication of material prohibited without express written permission of the copyright holder.

Eigentum des Erich Fromm Dokumentationszentrums. Nutzung nur für persönliche Zwecke. Veröffentlichungen – auch von Teilen – bedürfen der schriftlichen Erlaubnis des Rechteinhabers.

bino: como tal fue formado durante su solitaria niñez, transcurrida en el seno de una familia muy piadosa y de larga tradición rabínica. Él reconoció que los rabinos, que fueron sus maestros en su mocedad, fueron quienes más hondas huellas dejaron en su espíritu. Huellas, sin embargo, flexibles a la crítica. Huellas y no marcas. Devenido psicoanalista y sociólogo de orientación marxista, hará tanto la crítica de los dogmas eclesiásticos desde ese punto de vista (*El dogma de Cristo*, 1930), como será capaz de advertir el sentido religioso-humanista del psicoanálisis, como lo muestra en *Psicoanálisis y religión* (1950), obra centrada en el lema bíblico: “La verdad os hará libres”.

Su encuentro con el budismo, en 1926, fue para él “una especie de revelación, al descubrir un sistema de vida espiritual, una práctica de vida basada exclusivamente en la razón, sin mistificaciones irracionales o dogmáticas”. En la década de los cuarenta el Dr. Fromm asiste a los seminarios que D. T. Suzuki dicta sobre budismo zen en la Universidad de Columbia y tiene además la oportunidad de conversar ampliamente, en privado, con este hombre excepcional —“el japonés más notable de este siglo”, dice de él R. H. Blyth, autor de *Zen in English literature and Oriental classics*.

En 1957, el tiempo está maduro para un importante avance en el diálogo entre Oriente y Occidente: en el mes de agosto, en Cuernavaca, en la casa del Dr. Fromm, una semana de diálogo y examen sobre las diferencias y similitudes entre el budismo zen y el psicoanálisis. Por el zen habla D. T. Suzuki. Por el psicoanálisis, el Dr. Fromm y 20 o 25 jóvenes psiquiatras y psicoanalistas de 30 a 50 años de edad. Suzuki, a juzgar por su persona, nos lleva a creer que todas sus inteligibilidades zen han de ser ciertas: él era, sin duda, el más presente, el más despierto, el más sereno de todos los asistentes; él, que tenía entonces 88 años de edad. *Budismo zen y psi-*



*coanálisis*, publicado en 1960 es la consecuencia editorial de aquel memorable encuentro.

El seminario de budismo zen y psicoanálisis abrió ante nosotros toda una nueva perspectiva; en los más, puramente intelectual; en otros, práxica, esto es, conducente a la práctica de zazen. En este seminario nos encontramos además con Charlotte Selver, cuyo *Despertar sensorial* es el producto occidental más afín al zen, según han comentado varios maestros de esta disciplina. El Dr. Fromm la invitó porque, habiendo estudiado con ella, tenía por su trabajo la más alta estima. Efectivamente, el trabajo que compartimos con Charlotte —mujer excepcional, directa, cálida, viva— en 3 o 4 seminarios la mayor parte de los miembros del novel grupo, nos resultó particularmente estimulante.

En 1962, nuestra sociedad es fundadora, con la Sociedad Alemana de Psicoanálisis, el Círculo Vienés de Psicología Profunda y la Sociedad del Instituto William Alanson Whitte, de la Federación Internacional de Sociedades Psicoanalíticas. Satisfacen así su necesidad de intercambio este grupo de asociaciones que tienen algo en común: el ser independientes, el no estar afiliadas por razones intelectuales a la Asociación Psicoanalítica Internacional, celosa y poderosa guardiana del estrecho dogmatismo psicoanalítico. Una necesidad, por cierto, muy amplia en el mundo psicoanalítico: actualmente son dieciocho las sociedades afiliadas a esta Federación Internacional. La labor de intercambio de la Federación ha permitido la libre circulación y reproducción de artículos científicos, vía las respectivas revistas y se ha concentrado en seis foros internacionales, uno de los cuales, el tercero, tuvo lugar en México en 1969.

Pronto fue evidente que para un cabal desarrollo del amplio programa de nuestra sociedad —enseñanza, investigación, difusión, prestación de servicios clínicos— requeriríamos disponer de instalacio-





nes adecuadas. Optamos por la construcción de un edificio *ad hoc*, cuya realización fue posible mediante la colaboración de todo el grupo para la consecución de los fondos necesarios. La pequeña torre —oficinas, aulas, biblioteca, consultorios y cubículos, auditorio, sala de reuniones— ubicada en Odontología 9, Copilco-Universidad, fue inaugurada en marzo de 1963. En esa ocasión, el Dr. Fromm dicta una conferencia inaugural sobre el tema “Psicoanálisis y humanismo”, que define nítidamente la idea central del psicoanálisis humanista: “El humanismo se caracteriza por la fe en el hombre... en la unidad de la raza humana... en la fe en la razón y en el amor como fuerza que permiten al hombre convertirse en lo que él puede llegar a ser. El psicoanálisis es un método para la realización *concreta* de la idea humanista. El convertir lo inconsciente en consciente transforma la idea teórica humanista de la universalidad. Es la vivencia de la humanidad dentro del individuo mismo. El tener vivencia de mi inconsciente significa que me conozco como ser humano, que yo sé que llevo dentro de mí mismo todo lo que es humano; que nada de lo que sea humano me es ajeno; que conozco y amo al extraño porque ha dejado de ser un extraño para mí mismo.”

Conscientes de los riesgos implicados en la institucionalización, pero atentos a las posibilidades de desarrollo que tal situación conlleva, la Sociedad Mexicana de Psicoanálisis se transforma entonces en el Instituto Mexicano del Psicoanálisis, A. C. (IMPAC), organismo que se abocará a la enseñanza, la investigación y la asistencia clínica, en tanto que una nueva Sociedad Psicoanalítica Mexicana —que agrupará a los egresados de los cursos del IMPAC— organizaría lo referente a difusión e intercambio científico y a problemas profesionales.

En el IMPAC se consolida, antes que nada, la labor docente, en tanto el desarrollo del resto del programa dependería del concurso de un grupo de



hombres debidamente capacitados en esta tan peculiar y difícil profesión:<sup>2</sup> difícil de ejercer, de enseñar, de aprender. Durante años nos dedicaremos a aprender a enseñarla y así, pasando por toda suerte de vicisitudes en cuanto a selección de alumnos, programas y métodos de enseñanza y de evaluación, hemos impartido el curso de especialización en psicoanálisis a ocho promociones, de las que han egresado sesenta alumnos. (No todos ellos, sino la mitad, dedicados plenamente a la práctica psicoanalítica: muchos permanecieron en el campo de la psiquiatría, haciendo “psicoterapia analíticamente orientada”; otros se aplicaron a la higiene mental, a la educación, a la criminología; era lo esperado: al admitir a los nuevos alumnos, siempre se tiene en cuenta que estas alternativas son objetivos válidos, a fin de expandir la diversificación de las aplicaciones del psicoanálisis.)

Durante poco más de tres años esta labor docente corrió a cargo fundamentalmente del grupo inicial, siempre auxiliado, hasta su abandono del país, por el Dr. Fromm. Gradualmente se fueron incorporando a esta tarea aquellos compañeros que, debido a su dedicación plena al psicoanálisis y a su interés en el desarrollo de los programas del IMPAC, se integraron al mismo como miembros activos: Carlos García, Fernando Narváez, José Rubio, Víctor Saavedra, Leonardo Santarelli y Eduardo Zajur, en 1969-1970; Michael Maccoby en 1973; Giuseppe Amara, Darío Urdapilleta, Alfonso Macías y Mario

<sup>2</sup> Psicoanálisis: estudio científico-terapéutico del drama humano concreto, individual; compleja vocación científico-dramática-asistencial, triple concurrencia de aptitudes e intereses de poco frecuente hallazgo; profesión en cuyo ejercicio participa, más que en ninguna otra, la personalidad total del profesional; y profesión, en fin, del más alto riesgo por la constante exposición a los aspectos más malignos, tristes, depresivos de la vida humana.



Augusto Reyes en 1977, y Sergio Altamirano, Alejandro Córdova y Juan Grijalva en 1979.

La labor docente del grupo es digna de reconocimiento por cuanto ha sido siempre atendida con el mayor empeño y gratuitamente otorgada, pese a que con frecuencia demanda una dedicación de varias horas por semana.<sup>3</sup>

La clínica del IMPAC, destinada a la atención de pacientes beneficiables por el tratamiento psicoanalítico, pero de recursos económicos limitados, cumple con uno de los postulados programáticos en los que más insistió el Dr. Fromm: evitar el ejercicio de la profesión psicoanalítica como una práctica mediatizada, un mero *modus vivendi*, una práctica ideológica al servicio de los núcleos de poder (“sacerdotes del capitalismo”, fue el término que alguna vez empleó Fromm para referirse a la función que los “psicoanalistas ortodoxos” estaban cumpliendo, sobre todo en Norteamérica). De preferencia se atienden, dadas condiciones clínicas similares, a madres, maestros y jóvenes estudiantes, tal como fue la expectativa del Dr. Fromm.

En 1965 se inicia con paso franco el programa de difusión e intercambio científico. Ese año, un numeroso contingente mexicano asiste al II Foro Internacional (Zurich, mes de agosto) con tal participación, que México fue designado como sede para el III Foro (1969). Al calor de ese intercambio se activa uno de los proyectos en los que el Dr. Fromm había puesto más interés: la publicación de una revista científica que fuese vehículo de difusión del psicoanálisis humanista y a la vez tribuna para el pensa-

<sup>3</sup> Recientemente, el programa del curso ha sido rediseñado conforme a la enseñanza por objetivos. El nuevo plan de estudios, que contempla 13 objetivos intermedios y 106 objetivos específicos y que comporta 3 200 horas de enseñanza-aprendizaje supervisados, repartidos en ocho semestres, se describe en un texto de 100 cuartillas redactado por Derbez, Narváez y Saavedra.



miento psicoanalítico y psiquiátrico libre de dogmatismos. La revista *Psicoanálisis, Psiquiatría y Psicología* aparece en diciembre de 1965, dirigida por el Dr. Fromm y editada y distribuida por el Fondo de Cultura Económica. Se publica cuatrimestralmente hasta diciembre de 1975. En suplencia provisional de la revista, en cuya reanudación estamos trabajando, a partir de 1979 se publica un anuario: *Temas de psicoanálisis*, como memoria de los trabajos leídos en las reuniones científicas mensuales y los congresos anuales de nuestra Sociedad.

En 1967 el Dr. Fromm inicia con todo éxito otra forma de difusión que después será repetida durante varios años por nosotros: ciclos de conferencias sobre un tema central, expuesto interdisciplinariamente ante el público general. En el primer ciclo, sobre el tema “El hombre en el mundo moderno” participan el propio Dr. Fromm, Ramón Xirau, Iván Illich, Víctor Urquidi, Nabor Carrillo, Justino Fernández y Raúl Ondarza. Con este ciclo, el psicoanálisis humanista estimula mentes inquietas y creativas en diversos ámbitos de la cultura nacional. Meses después, en ese mismo año, varios de nosotros, miembros del primer grupo, participamos en el ciclo “Humanismo y pediatría”, dado en colaboración con la Academia Mexicana de Pediatría y cuyo contenido se publica en un tomo con ese título.

La etapa que se iniciara en marzo de 1963, con la inauguración del edificio sede del IMPAC, tiene su momento de culminación en agosto de 1969, con la realización del III Foro Internacional de Psicoanálisis. Este evento, al que asisten cerca de 400 personas—la mitad, por lo menos, extranjeras— resultó ser de importante repercusión nacional e internacional, tanto por la calidad de las contribuciones como por el logro de una auténtica comunicación. Tuvimos entonces la oportunidad de un contacto vivo y

\* Publicación a cargo de Sonia Gojman y Salvador Millán.



muy estimulante con las diversas corrientes de pensamiento no ortodoxo, no dogmático, desarrolladas en Estados Unidos y en Europa. El Foro Internacional tuvo, a su vez, la oportunidad de conocer el sólido despliegue, en teoría y en práctica, del psicoanálisis humanista. El evento fue para nosotros una verdadera fiesta del espíritu.<sup>5</sup>

Misión cumplida, en diciembre de 1967 el Dr. Fromm decide dedicar todo su tiempo a la investigación, a la elaboración de su pensamiento. Él había cumplido con creces el compromiso que adquiriera ante nosotros: esforzarse por desarrollar el psicoanálisis en México. Quedan ahí el IMPAC, la *Revista*, la FISP, la humanización de la medicina, la psiquiatría y la educación, la sensibilidad y apertura de la clase intelectual y artística de México al psicoanálisis, las nuevas posibilidades de desarrollo religioso. Esta breve reseña no puede ser sino un esbozo de la obra de Fromm en México. Una obra ciertamente honda y fecunda, cuya detenida apreciación tomaría muchísimas páginas. Ciertamente hoy, a treinta años de distancia, apreciamos tanto mejor cuán afortunado fue para nosotros, para México, que el Dr. Fromm decidiera radicar aquí indefinidamente. En su decisión de quedarse se impuso su carácter siempre sensitivo a aquello que estuviera por nacer, que

<sup>5</sup> Fiesta del espíritu, mas un tanto contenida por la ausencia del Dr. Fromm, presidente del III Foro, quien hubo de permanecer en Suiza por esos días, recuperándose de su primer pequeño infarto al miocardio. Contenida por ello, pero más aún, ensombrecida por la repentina y prematura muerte en esos días de Arturo Higareda Loyden, el querido compañero, compañero de viaje desde los inicios de esa historia, el hombre íntegro, de sinceridad desnuda, de risa estallante, de entrega sin reservas. Ya un año antes, en 1968, hubimos de lamentar la pérdida del maestro Dávila, cuya participación personal sobre todo en lo que se refiere a la difusión del psicoanálisis entre los medios de la psiquiatría y la psicología —sus viejos dominios— tanto contribuyó al desarrollo del psicoanálisis en México.



estuviera naciendo. “Lo fundamental en la terapia —repetió una y otra vez— es captar aquello que está por nacer, que puede nacer en la vida del paciente, percibir y estimular su potencial de desarrollo creativo.” Es característica de Fromm su empleo de la imagen del sembrador, al discutir el problema de la fe: “Tener fe se refiere, en un sentido muy fundamental, a la fe que tenemos en las potencialidades de otros, de nosotros mismos, de la humanidad. . . .” “. . . las potencialidades del niño para amar, para ser feliz, para hacer uso de su razón. . . son semillas que crecen cuando cuentan con las condiciones apropiadas para su desarrollo” (*Ética y psicoanálisis*, México, FCE, 1965, pp. 206-7).

El grupo inicial constituía un terreno fértil y un microclima espiritual, humano, profundamente atractivo para el sembrador. Un grupo bien heterogéneo, por cierto: muy diverso en edades, en inclinaciones y temperamentos pero con algo en común: personas tan inquietas como ignorantes, sinceramente dispuestas a aprender, verdaderamente abiertas. Un grupo, además, virgen: es decir, sin ideologías de postura profesional, sin dogmatismos ortodoxos que defender; sin embargo, no por ello acrítico: el Dr. Fromm solía discutir ampliamente con nosotros los tópicos que iba desarrollando en su obra y siempre escuchaba con atención, y tomaba en cuenta, las observaciones, las críticas, las sugerencias, el cotejo con las experiencias de otros. (De esta suerte, nos tocó por cierto el enorme privilegio de asistir al desarrollo de su obra de una manera muy viva, muy convivencial: no sólo probar el pan recién salido del horno, sino colaborar, modestamente, al proceso mismo del horneado. Verle siempre trabajando fue para nosotros una de sus mayores enseñanzas.)

Como fondo de este microclima, el clima espiritual de México, Fromm, sociólogo marxista, se interesa particularmente por conocer al hombre en los más diversos contextos socioculturales y económicos,



en las más variadas situaciones concretas. México, antiguo país, joven nación, país de doble raigambre, de doble faz —oriental, occidental— y de doble estructura —colonialismo interno—; país de contrastes, paisaje humano que es la contradicción misma: fiesta y velorio, grito y día de muertos, recelo y hospitalidad, exaltación libertaria y oprobio, altos ideales y dolorosa corrupción; país donde se da la primera revolución de aliento socialista de nuestro siglo, le atrae por todo ello profundamente. (Durante 10 años, Fromm trabajará en estrecho contacto con los campesinos de un pueblo del estado de Morelos: *Sociopsicoanálisis del campesino mexicano*, 1970.)

Por otra parte, Fromm, psicoanalista humanista teórico que vinculará los descubrimientos básicos de Freud al conocimiento aportado por la tradición humanística judeo-cristiana, se encuentra aquí con este humanismo nuestro, tan indígena como español: de un lado Quetzalcóatl, Nezahualcóyotl, el 5o. Sol, los valores precolombinos; de otro, el humanismo español, el de Vives y Cervantes, el de San Juan de la Cruz, de Machado y de Unamuno —ese humanismo que se nos dio en tierra propia en Alvar Núñez Cabeza de Vaca, en Bartolomé de las Casas, en Vasco de Quiroga y en tantas otras figuras del liberalismo, de la Independencia, de la revolución, menores si se quiere, pero muy presentes, muy vivas para nosotros. Formando parte de este sentido humanista de la cultura —una cierta tranquila aceptación de la existencia, el sentido mexicano del tiempo, el “poco a poco”—, le brindan a Fromm una atmósfera de paz y tranquilidad bien contrastante con el sentido héptico del tiempo y el ritmo neoyorquinos.

Por supuesto, el clima físico siguió siendo un atractivo importante. En 1956, Fromm hace casa en Cuernavaca —en la parte alta, espléndida vista al gran Valle del Sur— con Annis, su nueva compañera, esa dulce, sensible, profunda mujer —pianista,



hinduista, muy versada en mitología— que supo cuidar de él con solícito cariño hasta el último día. (Ellos no se irán de esa casa sino muy a su pesar cuando, en 1973, los médicos de Fromm le recomiendan que deje de viajar entre México, Locarno y Nueva York, como venía haciéndolo desde 1967. Los Fromm optaron entonces por vivir sus años de retiro en Locarno.)

Ya asentados en el altiplano, Fromm hará aquí su obra personal: el desarrollo sistemático del psicoanálisis humanista.<sup>6</sup> Llegado a México a los 50 años de edad, lleva ya 20 años desarrollando las bases de su pensamiento: *El dogma de Cristo*, primera exposición de su enfoque sociopsicoanalítico que fue publicado en 1930. Después de varios trabajos preparatorios durante la década de los treinta, en 1941 publica *El miedo a la libertad* —obra básica en la que, como ya se dijo, se encuentra incoado todo el desarrollo posterior— y que ha sido vertida a 20 idiomas; le siguen a esta obra: en 1947, *Ética y psicoanálisis*, estudio sobre la dialéctica productividad-improductividad y autoritarismo-racionalidad; en 1950, *Psicoanálisis y religión*, donde Fromm muestra el sentido espiritual del psicoanálisis, como “cura de almas”, y en 1951, *El lenguaje olvidado*, escrito ya aquí en Purúa. Ya en México, publica en 1955 su *Psicoanálisis de la sociedad contemporánea*, (una continuación de *El miedo a la libertad*), que muestra cómo la democracia occidental es en muchas maneras otro escape de la libertad. Es en esta obra donde empieza a utilizar la expresión “psicoanálisis humanista” para distinguir su enfoque particular del psicoanálisis, fundado en su estudio sobre la situación humana, la naturaleza humana.

“Psicoanálisis humanista”: el sustantivo es correcto. Fromm nunca pretendió estar creando un sistema

<sup>6</sup> Es interesante hacer notar aquí los mitos, la temática, las secuencias de este desarrollo.





radicalmente diferente al de Freud. En esto no es posible insistir demasiado. Fromm no fue ni opuesto a Freud ni un mero seguidor dogmático de la teoría instintivista. Fue un continuador de Freud, un espíritu penetrante y radical que liberó el pensamiento de Freud de las limitaciones mecanicistas, positivistas, derivadas de la ideología patriarcalista y pequeñoburguesa del padre del psicoanálisis. Al aplicar la metodología dialéctica marxista —Marx: uno de los representantes más lúcidos del humanismo occidental— a la dialéctica consciente-inconsciente, Fromm llega a las raíces sociales determinantes de la represión psicodinámica. “Psicoanálisis radical”, “psicoanálisis dialéctico”, fueron otras de las expresiones ocasionalmente utilizadas por Fromm para referirse a su posición.

Fromm fue un estudioso constante de Freud hasta el final: en 1979, su última obra es *Grandeza y limitaciones del pensamiento de Freud* (México, Siglo XXI). Su interés por conocer a fondo a Freud, por comprenderlo, lo había ya llevado en 1958 a escribir su análisis de la personalidad de Freud (*La misión de Sigmund Freud*, 1959) un tema cuya importancia quiso justamente patentizar ante nosotros, sus primeros discípulos mexicanos, desarrollándolo en varios seminarios de nuestro curso (1955-1956). En 1970, Fromm nos dio a conocer por otra parte un manuscrito en edición mimeográfica (manuscrito que sería la segunda parte de *Crisis del psicoanálisis*, 1970, y que después decidió no publicar), en el cual plantea que uno de los mejores métodos para proceder a la revisión dialéctica del psicoanálisis es el “análisis literario” de la obra de Freud, con el fin de patentizar lo que está meramente latente en ella. Así, no hay psicoanálisis freudianos y no freudianos —dirá claramente Fromm. Lo que hay son seguidores dogmáticos y mentes estudiosas de pensamiento crítico. Al aplicar al psicoanálisis el método dialéctico, Fromm hará la contribución más signifi-



cativa al desarrollo del psicoanálisis después de Freud: la síntesis freudomarxista.

En 1962, Fromm completará su visión de Freud al comparar el método y la obra de éste con la de Marx en uno de los estudios cuyo conocimiento es fundamental para comprender las bases teóricas de Fromm: *Más allá de las cadenas de la ilusión. Mi encuentro con Freud y Marx*. Esta comparación resultará tanto más comprensible cuando se lee una pequeña obra de Fromm un poco anterior, *Marx y su concepto de hombre* (1961), texto de unas 90 páginas que incluye la primera traducción al inglés de los *Manuscritos económico-filosóficos* de Marx.

Ahora bien, así como Fromm liberó el potencial revolucionario del pensamiento de Freud, al romper las barreras pequeñoburguesas con las que éste se limitó a propuestas meramente reformistas, así también, al aplicar el método psicoanalítico a los problemas sociales (“sociopsicoanálisis”) Fromm supera las limitaciones del pensamiento de Marx en tanto éste, si bien esbozó toda una psicología profunda derivada de la relación individuo-sociedad, tendió a sobrestimar el cambio social sobre el cambio individual. Véase pues que es en esta síntesis freudomarxista donde justamente radica la aportación fundamental de Fromm al conocimiento del hombre, de sus sociedades, de su historia.

Siempre atento a los peligros inmediatos que acechan al hombre de su tiempo, Fromm hace notar cómo es que actualmente ha surgido un movimiento neohumanista en reacción de defensa ante las amenazas presentes: la sociedad tecnocrática (el consumismo computablemente burocratizado) y el holocausto nuclear. Con el fin de patentizar y hacer más vigente este movimiento, en 1965 Fromm logra interesar a más de 30 humanistas —marxistas y no marxistas, entre ellos Karel Kosik, Marcuse, Bertrand Russell, Adam Schaff, Ernst Bloch, T. B. Bottomore— de Europa y Norteamérica en la parti-



cipación en un simposio que resultó ser de la mayor importancia para la consolidación de este movimiento. *Humanismo socialista* es el título del tomo que contiene las aportaciones a este simposio. Título de la contribución de Fromm: *La aplicación del psicoanálisis humanista a la teoría de Marx*.

Fromm, con notable capacidad de pensamiento crítico, hizo del hombre el objeto de estudio de toda su vida. Estudio científico del hombre, sí, pero no un estudio frío, despegado. A la par, Fromm fue un apasionado defensor del hombre, de su derecho a ser él mismo, por sí mismo, para sí mismo —a la vez que para los demás. Si publicó en 1941 *El miedo a la libertad* —que era, como dice en el prefacio, parte de un estudio más amplio— fue por la urgencia que sintió de denunciar la destructividad del nazismo. Por ello, preocupado durante la “guerra fría” por los riesgos de que las tendencias paranoicas y los fanatismos nacionalistas imperantes en la política internacional sirvieran como detonantes de la tercera guerra mundial, publica su estudio sobre esta situación, en 1961: *¿Podrá sobrevivir el hombre?*, obra en la que plantea las posibilidades de un cambio anticipatorio versus un cambio catastrófico.

La preocupación política de Fromm, creciente tanto como las urgencias de la década de los sesentas, lo lleva a participar activamente, por primera y única vez, en la política, durante la campaña del senador Eugene MacCarthy por su postulación a la presidencia de los Estados Unidos, en 1968. “Pienso que fue ésta una cruzada sorprendente en Estados Unidos y que casi constituyó un milagro el que este profesor y senador, un devoto de la poesía y la filosofía, pudiera convertirse en serio aspirante a la presidencia. Esto demostró que un vasto sector de la población norteamericana se halla presta a humanizarse y ansiosa de ello” (*La revolución de la esperanza*, 1968). Durante esta campaña, Fromm trabajó ardua-



mente —tanto, que le costó su primer infarto al miocardio— dando conferencias y escribiendo el libro citado, que es una de las exposiciones sintéticas más claras de su pensamiento.

Fromm concluirá el ciclo expositivo de sus preocupaciones sociales y políticas redactando en Locarno *¿Tener o ser?* (1976), obra recibida por la crítica como: “Uno de los mayores manifiestos para una nueva revolución psicológica y social, salvadora de nuestro amenazado planeta.” En esta obra espléndida, cumbre de la madurez de su pensamiento psicoanalítico, filosófico, social y espiritual, el Dr. Fromm ofrece su última contribución a lo que fue siempre su preocupación fundamental: la praxis social y política. Nunca meramente un teórico, manifiesta ahí su preocupación concreta por el hombre concreto, tal como se debate en una sociedad concreta, en una situación histórica determinada. Este manifiesto será —así lo esperamos— un venero de esperanza para los “hombres de buena voluntad”.

Al lado de esta corriente principal en la vida y obra de Fromm durante estos años, figuran, como estudios complementarios o colaterales, *El arte de amar* (1956), *Budismo zen y psicoanálisis* (1960) y *Y seréis como dioses* (1966). *El arte de amar*, uno de los libros más leídos —y menos comprendidos— de Fromm, continúa el desarrollo de las observaciones e ideas del autor sobre este fenómeno humano —que él llegó a considerar como “la” respuesta a los problemas de la existencia, en tanto que expresa una actitud de reverencia y cuidado por la vida— ya expuestas en *Ética y psicoanálisis* (amor y productividad) y en *Psicoanálisis de la sociedad contemporánea* (relación amorosa versus narcisismo, amor fraterno versus incesto). La crítica de la sociedad contemporánea expresada en esta obra encuentra su complemento en *El arte de amar*, cuyo capítulo III es “El amor y su desintegración en la sociedad occidental contemporánea”.



De cómo Fromm, coautor con D. T. Suzuki de *Budismo zen y psicoanálisis*, escribió esta obra y del significado del zen para su vida y pensamiento, ya nos ocupamos anteriormente. De *Y seréis como dioses* (1966), una de las pequeñas obras más bellas de Fromm, es de decirse que representa, por una parte, una suerte de pago de la deuda de Fromm con esta temprana y honda raíz de su pensamiento —a Dios lo que es de Dios, Fromm estudia ahora la Biblia en plena madurez, como un comentarista talmúdico plenamente ilustrado por Freud, por Marx, por Eckhart y por el zen—, y, por otra, es la aplicación a la comprensión de esta fuente milenaria de conocimiento humano de las últimas elaboraciones de Fromm en esos años sobre el problema del narcisismo (*El corazón del hombre*, 1964).

Después del descubrimiento de la dinámica del inconsciente (represión, resistencia, transferencia) y del método para estudiarla, los dos descubrimientos más importantes de Freud son, sin duda alguna, los referentes a la importancia del narcisismo (1914) y de las tendencias destructivas (“instintos de muerte”, 1920). Ahora bien, la importancia de estos dos fenómenos ha sido claramente subestimada por los seguidores “ortodoxos” de Freud. Fue Fromm quien, libre de las limitaciones del pensamiento instintivista y penetrando más hondamente en estos fenómenos mediante el análisis dialéctico, revaloró y desplegó la enorme importancia de los mismos para la comprensión de la problemática humana —tanto individual como social e histórica.

La contribución de Fromm al esclarecimiento de estos dos fenómenos —narcisismo y destructividad— es aportada en dos obras claves: *El corazón del hombre* (1964) y *Anatomía de la destructividad humana* (1973). En la primera de estas dos obras, Fromm esclarece el significado del narcisismo y la destructividad al contrastarlos con el proceso de individuación y la búsqueda de libertad (temas cen-



trales de *El miedo a la libertad*), por una parte, y, por otra, con el amor como modo de relación afectiva productiva y racional (al modo spinozista) tal como lo expusiera en *El arte de amar*. Así, presentándonos una de las síntesis más completas de su propio pensamiento en *El corazón del hombre*, que lleva el subtítulo “Un estudio de la capacidad del hombre para el bien y para el mal”, Fromm describe los síndromes de deterioro y de crecimiento como polos de confluencia de tres vectores del desarrollo humano: biofilia-necrofilia, independencia-fijación incestuosa y amor-narcisismo. Al final de esta obra, Fromm define su postura ante el problema filosófico de determinismo versus librearbitrismo, postulando su trascendental tesis del alternativismo.

En *¿Tener o ser?*, Fromm ha hecho el llamado al desarrollo de una “ciencia humanística del hombre” —versus la puramente naturalista de que hoy disponemos. En 1973 publica lo que ciertamente constituye la primera aportación concreta a esta ciencia: el estudio integral y comparativo de la destructividad humana. Integral, por cuanto en él se da la revisión, a la luz de las tesis del psicoanálisis humanista, de las tesis instintivistas, conductistas, ambientalistas. Y comparativo, ya que Fromm revisa las aportaciones de la neurofisiología, la etología, la paleontología y la prehistoria, la antropología y la sociología al entendimiento de la agresión y la violencia. Esfuerzo de toda una vida: después de 60 años de inquietud, de búsqueda, de estudio, es aquí donde Fromm da su respuesta a los fenómenos que, desde su mocedad, lo impulsaron a dejar el camino de la mera piedad para formarse como sociólogo y como psicoanalista: la destructividad irracional y el fanatismo nacionalista de la primera guerra mundial. Fromm nos muestra aquí, más claramente que en ninguna de sus obras anteriores, las hondas raíces existenciales y sociales de la destructividad humana: primer paso para una auténtica liberación del hom-



bre en su lucha por desarrollarse en el tiempo histórico.

De esta obra, cumbre y síntesis de la aportación de Fromm, el estudioso del hombre, dirá Lewis Mumford: “Si hubiera de escogerse una sola obra que pudiera traer de vuelta al hombre a sí mismo, este libro, *Anatomía de la destructividad humana*, podría calificar para tal milagro... por primera vez, no sólo el estudio más completo del lado oscuro de la naturaleza humana, sino también una demostración luminosa de las defensas que a través de la historia han salvado del suicidio a la raza humana. Este libro es el producto de una de las mentes más alertas, penetrantes y maduras de nuestro tiempo.” Mejor y más justo elogio de la obra del Dr. Fromm que éste formulado por otra de esas mentes universalmente reconocidas como profunda y penetrante, no podría haberse hecho. Quede salvado nuestro elogio a nuestro maestro de reproches de distorsión transferencial, de narcisismo de grupo, de intereses espúreos.

Fromm el teórico, el científico humanista, frecuentemente hizo cita, como epígrafes de sus obras, de pensamientos de grandes maestros de la humanidad: Buda, Lao-Tsé, Sócrates, Isaías, Eckhart, Spinoza, Emerson, Marx... Fromm, el hombre, fue un auténtico maestro: igualó la vida con el pensamiento, la práctica con los altos ideales. Como dijéramos al comienzo de este relato, desde nuestro primer contacto con Fromm nos impactaron su profundidad, su sinceridad, su modestia, su calidad humana y científica. Haber sido discípulos de este maestro excepcional ha sido un privilegio que no puede producirnos sino la más profunda gratitud y el más serio compromiso.

En nuestro esfuerzo por llevar adelante la obra de Fromm, tan plena de potencialidades, nos ha guiado la recomendación final que él nos hiciera al aban-



donar la dirección efectiva del IMPAC: “Procuren ser leales a las ideas, a los ideales, antes que a las personas.” Y nos ha estimulado continuamente la suprema enseñanza de este maestro: la dedicación plena, auténtica, íntegra al cumplimiento de la palabra empeñada, la fidelidad al ideal, la determinación en la promesa, nobleza obliga.





Propriety of the Erich Fromm Document Center. For personal use only. Citation or publication of material prohibited without express written permission of the copyright holder.

Eigentum des Erich Fromm Dokumentationszentrums. Nutzung nur für persönliche Zwecke. Veröffentlichungen – auch von Teilen – bedürfen der schriftlichen Erlaubnis des Rechteinhabers.

## II. EL PSICOANÁLISIS Y LA CLÍNICA PSICOANALÍTICA

Gojman de Millán, S., and Millán, S. (Ed.), 1981: Erich Fromm y el psicoanálisis humanista, México (Siglo XXI Editores) 1981.



## LA TERAPÉUTICA HUMANISTA EN LA OBRA DE ERICH FROMM

DR. FERNANDO NARVÁEZ

En realidad, el ayudar a un hombre a discernir la verdad de la falsedad es, en sí, el fin básico del psicoanálisis, un método terapéutico que es la aplicación empírica de la declaración “La verdad os hará libres”.

E. FROMM, *Psicoanálisis y religión*

Realizar una exposición sistemática de la evolución del pensamiento de Fromm a través de su obra, en cuyos conceptos teóricos se fundamenta la praxis, la técnica, el modo de realizar esta terapia, arte, ciencia, que llamamos psicoanálisis humanista, es una tarea que rebasa los límites de este trabajo.

Una teoría psicoanalítica es resultado del concepto que del hombre y de la naturaleza humana tenga su autor. La técnica deberá ser necesariamente congruente con su marco teórico.

Al hablar de técnica en Fromm —mejor sería hablar del método— no podemos separar nuestro concepto de él como hombre, como ser humano que, conocedor profundo de la vida, es un devoto artesano, hacedor de la felicidad humana. Esta síntesis entre la teoría, el conocimiento, la experiencia, la erudición, la entrega a la vida, y el ser, se dan de manera ejemplar en el hombre que hoy homenajeamos. Fromm ha trascendido su tiempo.

La técnica no puede desmembrarse, divorciarse de quien la practica, si de psicoanálisis se trata. Su validez, su efectividad, no será sólo resultante de



su marco teórico, sino necesariamente de la congruencia entre lo que se dice y lo que se es. No es igual hablar de amor, que amar. Confesar interés por la felicidad de alguien que interesarse genuinamente por la felicidad de alguien. Esto coloca a la ciencia psicoanalítica y al arte de su aplicación terapéutica en desventajosa situación frente a otras disciplinas científicas. El desfase entre lo que se es y lo que se hace, en el campo del psicoanálisis, es incompatible. Aquí estriba una de las mayores dificultades entre el conocimiento teórico de esta ciencia y su adecuada aplicación práctica. Aquí se explica también que una buena formación teórica no conduce necesariamente a buenos resultados terapéuticos en la práctica. Existen factores que hacen difícil la valoración de estos resultados. Éstos tienen que ver, por lo que al análisis se refiere, no sólo con la formación académica, sino también, y de manera primordial, con la estructura personal, con la calidad humana —por decirlo de alguna manera— de quien practica el método de terapia psicoanalítica.

Fromm nace con el siglo. Precisamente con el siglo que se caracteriza por “la crisis espiritual que atraviesa el hombre occidental en esta época histórica crítica. . . Es la crisis que ha sido descrita como . . . la muerte de la vida, la automatización del hombre, su enajenación de sí mismo, de su semejante y de la naturaleza. . . En este proceso, el hombre se ha transformado en una cosa, la vida ha quedado subordinada a la propiedad, ‘el ser’ es dominado por ‘el tener’.”<sup>1</sup> Ésta es la época que a él toca vivir. Su obra y su vida son expresión continua de su esfuerzo por entender al hombre, a su naturaleza humana, y encontrar nuevos caminos para salvaguardar la fe-

<sup>1</sup> D. T. Suzuki y Erich Fromm, *Budismo zen y psicoanálisis*, México, Fondo de Cultura Económica, 1964, pp. 86 y 87.



licidad, la creatividad, la integridad, la libertad y auspiciar el desarrollo de las potencialidades humanas. Su amor por la vida es su propio “marco de orientación y devoción”. Su sentimiento de identidad, resultado de su infatigable lucha por su individualidad, es lo que lo lleva inexorablemente al pensamiento original, insumiso y creativo.

Muy joven entra en contacto con el psicoanálisis. Se forma dentro de la corriente de pensamiento freudiana y descubre que “el propio sistema de Freud trascendía el concepto de ‘enfermedad’ y ‘curación’”. . . y que “encontramos que detrás de este concepto de una terapia médica para la cura de la neurosis había un interés enteramente diverso, rara vez expresado por Freud y probablemente —dice— casi nunca consciente ni siquiera para él mismo. . . [era] algo que trascendía el concepto de enfermedad y curación. . . el concepto de que ‘donde estaba el Id allí debería estar el Ego’. Iba más allá de la finalidad de dominar las pasiones irracionales e inconscientes por la razón: la liberación del hombre del poder del inconsciente, dentro de las posibilidades del hombre.”<sup>2</sup>

Para Fromm, lo importante es cómo combatir esa enfermedad de nuestro siglo, cómo afrontar estos aspectos del ser humano que están implícitos pero no explícitos en el pensamiento de Freud: la muerte de la vida, la automatización del hombre, su enajenación de sí mismo, de su semejante y de la naturaleza. En este sentido, las metas del psicoanálisis humanista trascienden el concepto de cura de enfermedad para alcanzar el de “presencia de bienestar”, siempre y cuando por bienestar entendamos: “. . . el estado de haber llegado al pleno desarrollo de la razón: la razón no en el sentido de un juicio puramente intelectual, sino en el sentido de captar la verdad ‘dejando que las cosas sean’. . . tal como son. El bie-

<sup>2</sup> *Ibid.*, p. 89.



nestar es posible sólo en la medida en que uno ha superado el propio narcisismo, en la medida en que uno está abierto, en que responde, en que es sensible y está despierto, vacío (en el sentido zen). El bienestar significa alcanzar una relación plena con el hombre y la naturaleza afectivamente, superar la separación y la enajenación —llegar a la experiencia de unidad con todo lo que existe— y, sin embargo, *experimentarse* al mismo tiempo como el ente separado que *Yo* soy, como el in-dividuo. El bienestar significa nacer plenamente, convertirse en lo que se es potencialmente; significa tener la plena capacidad de la alegría y la tristeza o, para expresarlo de otra manera, despertar del sueño a medias en que vive el hombre medio y estar plenamente despierto... El bienestar significa, por último, desprenderse de propio Ego, renunciar a la avaricia, dejar de perseguir la preservación y el engrandecimiento del Ego, ser y experimentarse en el acto de ser, no en el de tener, conservar, codiciar...<sup>3</sup>

Fromm está consciente de que este marco ideal para el desarrollo de todo ser humano, paciente o psicoanalista, es muy difícil de lograr en su totalidad. Quizá algunos ejemplares magníficos de la raza humana lo hayan hecho. Esto significa un esfuerzo continuo que idealmente debe terminar con el acto mismo de la muerte.

Si éstas son las metas del psicoanálisis humanista, tanto para el paciente como para el psicoanalista, veamos cómo surgió en Fromm la necesidad de concebir, de implementar una técnica diferente, una terapia congruente con su marco teórico y filosófico, en relación con el hombre y el desarrollo de sus potencialidades.

Fromm nos dice que: “Había sido adiestrado según la técnica freudiana estrictamente ortodoxa de analizar al paciente sentándome atrás de él y escu-

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 100.



chando sus asociaciones. Esta técnica fue diseñada de acuerdo con las prácticas seguidas en los experimentos de laboratorio: el paciente era 'el objeto', el analista observaba el material producido por el paciente. Se suponía que el analista debía ser un observador distante, un espejo, más que un participante. Mientras más trabajé en esta forma, menos satisfecho me sentí. Por principio de cuentas, a menudo me sentía cansado y hasta somnoliento durante el trabajo analítico; muchas veces experimentaba cierto alivio al finalizar la hora analítica. Pero lo peor era que cada vez era mayor mi sensación de que no entendía al paciente. Indudablemente había aprendido a 'interpretar'. . . Pero todavía seguía hablando acerca del paciente y no con él —y sentí— que gran parte de lo que debía comprender se me estaba escapando. . . Inicé la búsqueda de un método distinto. A la larga, descubrí que éste era bastante sencillo: en vez de ser un observador, tuve que convertirme en participante, estar unido al paciente y comprometido con él; de centro a centro, en vez de ir de periferia a periferia. Descubrí que podía comenzar a ver en el paciente cosas que no había observado antes, que empezaba a *comprenderlo*, en vez de *interpretar* lo que decía; y que ya casi nunca me sentía cansado durante la hora analítica. Al mismo tiempo experimenté que se puede ser totalmente objetivo mientras se está plenamente dedicado. 'Objetivo' significa en este caso ver al paciente tal como es, y no como yo deseo que sea. Pero ser objetivo sólo es posible si uno no desea nada para sí mismo, ni la admiración del paciente, ni su sumisión, ni siquiera su 'curación'. Si esto último parece una contradicción de lo que he dicho antes, es decir, que es precisamente el deseo de ayudar el que fertiliza nuestro pensamiento, deseo aclarar que, de hecho, no existe tal contradicción. En este auténtico deseo de ayudar no quiero nada para mí; ni sufre mi autoestimación cuando el paciente no mejora, ni me albo-



roza 'mi' proeza cuando éste se cura." Más adelante nos dice: "Incluso cabe observar que la historia de la ciencia es la historia de los errores... Lo que importa no es que una visión sea necesariamente la última palabra de verdad, sino que dicha visión sea fructífera, que conduzca a otros descubrimientos, y más que eso: que al descubrir la verdad, el hombre se transforma, porque se vuelve más despierto y puede transmitir este mayor alertamiento a la posteridad."<sup>4</sup>

Fromm coincide con Freud al pensar que el elemento central en el proceso psicoanalítico es, sin duda, el intento de volver consciente el inconsciente, o para decirlo en la propia terminología de Freud, "transformar el Id en Ego". Sin embargo, Fromm va mucho más allá —y ésta es una de sus grandes contribuciones— cuando señala que "la conciencia y la inconsciencia están socialmente condicionadas. Tengo conciencia de todos mis sentimientos y pensamientos que pueden penetrar el triple filtro del lenguaje (socialmente condicionado), la lógica y los tabúes (carácter social). Las experiencias que no pueden filtrarse permanecen fuera de la conciencia; es decir, permanecen inconscientes"<sup>5</sup>.

Fromm revoluciona el concepto del inconsciente con todas las implicaciones clínicas y sociológicas que esto trae consigo. "El contenido del inconsciente, entonces, no es ni el bien ni el mal, lo racional ni lo irracional; es ambos; es todo lo humano. El inconsciente es el hombre total —menos esa parte del hombre que corresponde a su sociedad."<sup>6</sup> En este sentido la desrepresión, el convertir el Id en Ego "adquiere un significado más amplio, más profundo. Hacer el inconsciente consciente transforma la mera

<sup>4</sup> Erich Fromm, *Más allá de las cadenas de la ilusión. Mi encuentro con Marx y Freud*, México, Herrero Hermanos, 1964, pp 165-166 y 167.

<sup>5</sup> D. T. Suzuki y Erich Fromm. *op. cit.* p. 104.

<sup>6</sup> *Ibid.* p. 116.



idea de la universalidad del hombre en la experiencia viva de esa universalidad; es, dice Fromm, la realización en la experiencia del humanismo".<sup>7</sup> El concepto del hombre y de lo humano experimentó un enriquecimiento irreversible a partir de estas concepciones. La teoría y la clínica psicoanalítica habían dado ya un giro definitivo y más aún si consideramos que para Fromm: "El descubrimiento del propio inconsciente *no* es, justo, un acto intelectual, sino una experiencia afectiva, que sólo difícilmente puede traducirse en palabras, si acaso puede hacerse. Esto no significa que el pensamiento y la especulación no puedan preceder al acto de descubrimiento; pero el acto mismo de descubrimiento es siempre una experiencia *total*."<sup>8</sup>

El papel del psicoanalista en este proceso de humanización —y no de simple concientización— es, una vez más, fundamental. Para Freud, el analista era el observador imparcial —y el paciente su objeto de observación. H. S. Sullivan "Creyó que el analista no debía tener una actitud de observador desprendido, sino de '*observador participante*', tratando así de trascender la idea ortodoxa de la separación del analista. En mi propia opinión —dice Fromm— quizá Sullivan no fue lo suficientemente lejos y sería preferible la definición del papel del analista como el de un *participante observador* más que el de un observador participante. Pero aun la expresión '*participante*' no expresa exactamente lo que se quiere decir; '*participar*' sigue siendo estar fuera. El conocimiento de otra persona requiere estar dentro de ella, ser ella. El analista entiende al paciente sólo en tanto que él mismo experimente todo lo que el paciente experimenta;... En esta relación productiva entre analista y paciente, en el acto de comprometerse plenamente con el paciente, de estar plenamente

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 117.

<sup>8</sup> *Ibid.*, p. 120.





te abierto y ser capaz de responderle, dé empaparse de él, como si dijéramos, en esta relación de centro a centro, está una de las condiciones esenciales para la comprensión psicoanalítica y la curación. . . El analista analiza al paciente, pero el paciente también analiza al analista porque éste, al compartir el inconsciente del paciente, no puede evitar aclarar su propio inconsciente. De ahí que el analista no sólo cure al paciente, sino que también sea curado por él. No sólo entiende al paciente sino que eventualmente el paciente lo entiende. Cuando se llega a esta etapa, se han alcanzado la solidaridad y la comunión”.<sup>9</sup>

Este fenómeno humano, la verdadera comunicación humana en el proceso psicoanalítico, tan bella y profundamente descrita por Fromm, ¿cómo se logra? ¿Existe acaso una propedéutica que bien aprendida y ejecutada garantice en mayor o menor grado el éxito terapéutico? Quizá nos aproximamos a una respuesta al considerar que en el psicoanálisis la herramienta, el instrumento mental con el que el analista trabaja, es *su* propia humanidad. Esto no quiere decir que no se pueda hablar de una técnica psicoanalítica, pero sí quiere decir que la técnica en sí misma no es suficiente para obtener el logro deseado. La técnica, en el mejor de los casos, pasa a incorporarse al ser, a través del propio proceso de desarrollo humano del terapeuta. De ahí que una vez Aramoni dijera: “Hay que aprender muy bien la técnica para luego olvidarla.”

A esto se agrega, que aun en el mejor de los casos, “Ni el analista ni ningún hombre puede ‘salvar’ a otro ser humano. Puede actuar como guía —o como partera—, puede mostrar el camino, quitar obstáculos y algunas veces prestar alguna ayuda directa, pero nunca puede hacer por el paciente lo que sólo el paciente puede hacer por sí mismo”, dice Fromm, y añade “Debe aclararse perfectamente esto al pa-

• *Ibid.*, pp. 121-122.



ciente, no sólo con palabras, sino con toda su actitud. Debe subrayar también la conciencia de la situación realista que es aún más limitada de lo que debe serlo necesariamente una relación entre dos personas; si él, el analista, ha de vivir su propia vida, y si debe servir a numerosos pacientes simultáneamente, hay limitaciones de tiempo y espacio. Pero no hay limitación en el aquí y el ahora del encuentro entre paciente y analista. Durante este encuentro, durante la sesión analítica, cuando los dos se hablan entre sí, nada hay más importante en el mundo que ese hablarse entre sí —para el paciente lo mismo que para el analista...<sup>10</sup> “...esta relación [la de analista y paciente] debe estar libre de todo sentimentalismo, de deformaciones poco realistas y, en especial, de cualquier interferencia —hasta la más sutil e indirecta— del analista en la vida del paciente, aun la demanda de que el paciente se ponga bien”.<sup>11</sup> “El analista... debe evitar el error de dar al paciente interpretaciones y explicaciones que sólo le impiden dar el salto del pensamiento a la experiencia. Por el contrario, debe eliminar una racionalización tras otra, una muleta tras otra, hasta que el paciente no pueda seguir escapando y, en vez de ello, atraviese las ficciones que llenan su mente y experimente la realidad —es decir, cobre conciencia de algo de lo que antes no había tenido conciencia. Este proceso produce con frecuencia mucha angustia y algunas veces tal angustia impediría romper con las ficciones, si no fuera por la presencia tranquilizadora del analista. Pero la tranquilidad viene de que ‘está ahí’, no de palabras que tienden a inhibir al paciente y a impedir que experimente lo que sólo él puede experimentar.”<sup>12</sup>

“La auténtica visión psicoanalítica es súbita; sobreviene sin ser forzada ni siquiera premeditada.

<sup>10</sup> *Ibid.*, p. 123.

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 136.

<sup>12</sup> *Ibid.*, p. 137.



Comienza no en el cerebro sino, para utilizar una imagen japonesa, en el vientre.”<sup>13</sup>

Fromm explica que este proceso, tal y como él lo entiende, el de la recuperación del inconsciente por la conciencia, nos coloca frente a una finalidad mucho más radical que el fin psicoanalítico en general. Es una posición, explica, en la que no se tiende “al fin negativo de la falta de enfermedad, sino al fin positivo de la presencia del bienestar y que el bienestar es concebido en términos de plena unión, de la percepción inmediata e incontaminada del mundo”.<sup>14</sup> Este fin radical tiene como meta no sólo la desaparición de tal o cual rasgo neurótico, sino la transformación de la persona. Un análisis concebido en estos términos es un proceso que atraviesa por períodos altamente dolorosos. El sufrimiento sostenido del paciente pone a prueba también la reciedumbre del analista. Es un reto a su sensibilidad, a su compromiso, a su solidaridad y al grado de fe racional que tenga en las posibilidades de cambio del analizando. Muchas veces estos procesos de sufrimiento fructífero, se malogran, abortan podríamos decir, por las resistencias del analista y no por las del paciente. Como si faltara una actitud más radical en muchos análisis y en muchos analistas, y se olvidara con frecuencia que “El proceso de cobrar conciencia de aquello de lo que no se tenía conciencia constituye la revolución interior del hombre.”<sup>15</sup>

Para Fromm, la colusión que ocurre frecuentemente en el tratamiento psicoanalítico “es que entre terapeuta y paciente hay un acuerdo tácito, basado sobre el supuesto que el psicoanálisis es un método con cuya ayuda se puede alcanzar la felicidad, y la madurez y, al mismo tiempo, evitar el salto, el acto, el dolor de la separación”. Es lo que él ha llamado “pacto entre caballeros”. Colocados en esta situación,

<sup>13</sup> *Ibid.*, p. 143.

<sup>14</sup> *Ibid.*, p. 147.

<sup>15</sup> *Ibid.*, p. 140.



“entramos a sospechar que el hablar y comprender se han convertido en un sustituto del acto tan temido. Por más extensa o profunda que sea, no habrá comprensión psicológica que pueda tomar el lugar del acto, del compromiso, del salto. Puede conducir a él, prepararlo, hacerlo posible, y ésta es la función legítima de la labor psicoanalítica. Pero no debe intentar ser un sustituto del acto responsable del compromiso, un acto sin el cual no puede ocurrir ningún cambio verdadero en un ser humano.”<sup>18</sup>

Muchos de los conceptos que a continuación expondré no se encuentran consignados en las obras de Fromm. Son enseñanzas impartidas a lo largo de numerosos seminarios clínicos, pero en particular en una serie de lecciones que sobre técnica psicoanalítica dictó en Cuernavaca en 1968 y que nunca fueron publicadas ni tampoco corregidas por el propio Dr. Fromm.

El psicoanálisis para Fromm es un diálogo, pero no un diálogo intelectual, de conceptos y teorías, de modos de pensar. Es un diálogo de inconsciente a inconsciente. Advierte que las palabras, si sólo son palabras, constituyen uno de los mayores peligros en análisis. Las palabras suelen confundirse con los hechos, convertirse en fetiches que impiden la comprensión de la realidad.

El psicoanálisis, como proceso vital en el que participan analista y paciente, debe ser siempre activo, no permitirse la trivialidad, las frases de relleno que lo convierten en aburrido diálogo social, las repeticiones inútiles de cosas dichas y oídas muchísimas veces. Debe ser movido, vivo, procurando de ser posible que en cada sesión analítica se toque algo esencial, que ninguna sesión transcurra sin que algo pase. Evitar la monotonía y el aburrimiento. Cuando las cosas no marchan bien, el analista se torna olvida-

<sup>18</sup> Erich Fromm, *El dogma de Cristo y otros ensayos sobre religión, psicología, y cultura*. Buenos Aires, Paidós., p. 180.



dizo. Para Fromm el aburrimiento es también uno de los síntomas más importantes para saber que algo anda mal en el análisis. De hecho ésta fue una de las razones principales por las que abandonó la técnica freudiana. En un análisis tradicional, con cuatro o cinco sesiones a la semana, inconscientemente el analista siente que “mañana será otro día”, que mañana habrá otra oportunidad, por qué preocuparse hoy. Es el resultado de algo que se vuelve costumbre, y se pierde lo que Freud llamó “atención flotante” y que Fromm prefiere llamar “atención flotante con intensa concentración”. La falta de concentración trae consigo la mediocridad de la acción.

Fromm no es partidario de insistir de manera formal en la importancia de la asociación libre como regla básica en el análisis. Él pide al paciente que le comunique lo que piensa y le advierte que si hay algo que no puede comunicar por ahora, que no lo comunique, aunque sí pide que haga saber al analista que algo le está ocultando. La confianza, la libertad, la espontaneidad es algo que se va desarrollando dentro del mismo proceso analítico, si la sensibilidad y la actitud general y el interés del analista la propician. Fromm se pronuncia en contra de forzar al paciente, o a cualquier persona, a decir lo que por hoy no quiere decir. Si el analista tiene una actitud animosa, humana, respetuosa, no impositiva, es probable que la resistencia a comunicar algo ceda antes de lo que se creía.

Fromm aconseja que cuando se tiene interés por saber algo, se formule la pregunta de manera directa, pues es el mejor sustituto para la asociación libre. La pregunta directa, por lo general, produce respuestas directas, francas. Las formuladas de manera cautelosa, indirecta, comunican al paciente la sensación de peligrosidad, de que se trata de algo grave y peligroso, como de un crimen tremendo. Las preguntas directas por lo general van dirigidas al inconsciente del paciente, lo confrontan con algo que no se



ha atrevido a hacer consciente. Éstas llevan de parte del analista una motivación diferente a la de las preguntas de información. Las preguntas directas dejan en el paciente una sensación positiva, pues siente que se trata de aspectos humanos.

Este tipo de preguntas, que tocan el contenido inconsciente, nos coloca frente a uno de los aspectos más discutidos e interesantes de la técnica psicoanalítica: el de la interpretación. En realidad, el interpretar algo tiene dos implicaciones. Cuándo hacerlo y cómo hacerlo. Para Fromm el preguntarse cuándo, mostraría una actitud un tanto errónea del analista, pues implicaría que tiene una gran riqueza de interpretaciones que ofrecer. Desgraciadamente esto no es cierto y el analista puede sentirse feliz si tiene dos o tres interpretaciones válidas después de varias sesiones. Lo que ocurre es que se ponen en juego los temores inconscientes del analista, la posibilidad de equivocarse, de cometer un error y de ahí que éste pueda volverse un experto en hablar mucho sin decir nada. Cuando esto ocurre es frecuente que el analista tenga serias dudas, conscientes o inconscientes, sobre la validez del método, del procedimiento, por no ofrecerle la seguridad, la certeza de otras disciplinas científicas en las que el método se apoya en estudios de gabinete o laboratorio, por ejemplo. Cuando ocurre esto, suele ser un problema del analista, pues con experiencia, intuición, talento, sensibilidad, concentración y otros factores más, también en psicoanálisis se puede ser un buen clínico, se pueden ver hechos del inconsciente con suficiente certeza. Lo importante, dice Fromm, es tener siempre, hasta el último día de nuestra vida, un deseo ardiente, apasionado, de aprender más. Es una actitud humana que implica el interés activo de observar, de aprender y de entender mejor.

En la interpretación no hay que perder de vista que su meta es comprender y traducir el inconsciente a la conciencia del paciente. En cuanto al cómo se



lleva a cabo la interpretación, Fromm habla de lo que él llama el método funcional, a diferencia del método causal o genético del psicoanálisis freudiano, en el que la interpretación debe tener la forma lógica de explicar el presente por algo que ocurrió en el pasado. En este sistema de pensamiento hay que conectar el presente con el pasado y demostrar que el pasado es la causa del presente. En el método funcional se trata de descubrir las vivencias inconscientes tal y como se presentan hoy, en la vida actual del paciente. El concientizar y el vivenciar emocionalmente el contenido del inconsciente tal y como existe hoy, tiene para Fromm un valor terapéutico mayor que el recordar, o creer recordar, lo que ocurrió a los cinco años de edad.

Ahora bien, Fromm insiste en que estos dos métodos no son contradictorios o excluyentes entre sí. Afirma que si un paciente puede “ver” algunas experiencias infantiles o de su juventud, esto puede ayudarle a vivenciar lo que existe hoy. El traer al presente los recuerdos infantiles tiene otros aspectos de interés. Por un lado, la consideración objetiva de la infancia permite explicarnos cuál fue probablemente la reacción del paciente frente a esas experiencias cuando niño. El otro aspecto es que el paciente puede revivir, re-vivenciar experiencias reprimidas que tuvo cuando niño. Se trataría de memorias afectivas. En este sentido el empleo analítico del material infantil es diferente al que se hace en el método causal, en el que la infancia interesa para entender el presente. El diván tiende a infantilizar al paciente y facilitar, en ese estado, el surgimiento de los recuerdos infantiles. En Fromm la importancia está en el descubrimiento de las vivencias inconscientes tal y como se presentan hoy.

La interpretación en Fromm está muy ligada a la forma de conocimiento que se tiene del paciente. Uno puede conocer a alguien desde afuera o desde dentro. Desde afuera se puede hacer una descrip-



ción adecuada, explicar su dinámica, sus rasgos principales, como si se reunieran trozos de una fotografía rota para integrar el todo. Pero se sigue estando fuera de la persona, en un nivel de conocimiento descriptivo. Para romper este nivel de conocimiento, Fromm explica que hay que “brincar” al interior y ver a esa persona desde dentro. Es una forma o, mejor, una capacidad de volverse la otra persona sin dejar de ser uno mismo. En el caso del llamado “paciente” o del llamado “enfermo”, dice Fromm, si yo puedo ponerme totalmente dentro de él, llego a un punto en que sé cómo siente él. Se puede ir un poco más adelante aún. Si estoy totalmente dentro de él, puedo saber no sólo cómo se siente él, sino saber lo que él no se atreve a saber y sentir de él. Entonces, estoy más dentro de él de lo que él mismo está. El paciente, por ejemplo, puede estar tan enajenado, que no es capaz de sentir su dolor. Si yo puedo ponerme dentro de él, puedo decir *yo lo conozco*, porque no soy el que mira desde afuera sino que estoy en el centro de él, y este acto de “brincar” constituye el verdadero conocimiento del hombre.

La verdadera comprensión de la dinámica del paciente requiere estar en el centro de él, ver el centro y desde el centro. El resto no son más que círculos concéntricos que resultan de la constelación central. Este acto, o esta capacidad de brincar y estar en el centro, no es, por supuesto, un acto sentimental. Cuando se está dentro, se pierde la distinción entre bueno y malo. Para juzgar hay que estar afuera y distante de la persona juzgada. En el conocimiento más íntimo al que nos referimos no hay juicio, hay solamente la vivencia de que aquello es como es. Es el resultado del deseo apasionado de comprensión.

Fromm advierte la dificultad de lograr el arte de “dar el brinco” —que nunca fue fácil— y nos previene de que día a día se va perdiendo esa posibilidad en un mundo de enajenación, de deshumanización y afirma que el arte del psicoanálisis está





basado en esta capacidad. Es por esto que la interpretación ideal es sólo aquella en que uno siente lo que el paciente siente sin saberlo. Esto explica el porqué de una de las premisas de esta contribución: En psicoanálisis, lo más importante no es el conocimiento de la técnica sino quién es el ser humano que la pone en práctica.

En el proceso psicoanalítico debe existir una táctica, pero siempre subordinada a una estrategia que es particular en cada caso. No perderse en una guerra de guerrillas en la que se hace un ataque por aquí y otro por allá para ver qué pasa, sin un plan específico previo. Se cae en algo que se convierte en un juego. Lo importante para poder tener una estrategia y comunicarse con el paciente a través de las interpretaciones es haber podido encontrar, previamente, el argumento secreto de la vida del paciente, distinguir entre lo que es la trama, el nudo, el centro de esa su religión secreta que es la neurosis y las que son sólo consecuencias secundarias, accesorias podríamos decir, de este cuadro básico.

Fromm considera que es importante que el analista tenga la capacidad de poder animar al paciente. Para él, el bisturí del analista es la verdad. Hay que aprender cómo no desanimar, por animar artificialmente. El analista anima tanto por la verdad como por su vitalidad, si la tiene. No hay nada que anime más que el analista goce la vida, y algo muy importante para el proceso terapéutico es el que el analista tenga sentido del humor. La capacidad del analista de gozar la vida, su capacidad de tener esperanza, su alegría vital, son las cosas que realmente animan al paciente. La alegría y la vitalidad son tan contagiosas como la desesperanza, el aburrimiento, la indiferencia y la ausencia de fe. Por esto, el problema de la técnica, en muchos de sus aspectos, parte de la persona del analista, y su comprensión debe hacerse tomando como base el centro del analista. El análisis



ta, su persona, lo que es, constituyen el método, la técnica y la medicina.

Quiero destacar, en esta misma dirección, un aspecto que ha sido siempre de mi interés. Me refiero a la actitud, a la respuesta no sólo intelectual sino visceral del analista frente a la calidad del material que el paciente ofrece. Podríamos decir que hay psicoanalistas con una predilección, inconsciente tal vez, de ver y trabajar de manera preferente y hasta casi exclusiva con lo negativo del paciente. Alguien podría decir que para eso se paga y se asiste al análisis, para escuchar todo lo relativo a la irracionalidad y a la neurosis. Es cierto; pero es cierto también que nadie se cura si sólo escucha, con relación a sí mismo, cosas negativas. Por el contrario, existen analistas que frente a un sueño de contenido negativo, por ejemplo, saben descubrir también aquellos filones, pequeñas vetas promisorias de alguna esperanza que, planteadas juntamente con lo que es negativo, permiten seguir creyendo en uno mismo, saber y sentir que no todo está podrido, que hay un porqué seguir luchando. Algunos hemos tenido la inmensa dicha y fortuna de conocer, y muy de cerca, analistas de esa hechura. Seres humanos, hombres de convicción y hechos de fe racional, nada ingenuos, a veces crudamente realistas, pero llenos de esperanza y capaces de decir por convicción: "No me preocupa el que usted, por hoy, haya perdido la fe en sí mismo. Me preocuparé el día en que yo la pierda en usted. Entonces, ya no tendrá nada que hacer, todo estará terminado, al menos para mí." Este equilibrio necesario en todo análisis, puede ser uno de los factores realmente terapéuticos. En el análisis habrá que hacer justicia a la comprensión de la neurosis, sin concesiones, pero del mismo modo radical habrá que ver y valorar también lo que hay de sano en cada ser humano. Y no me refiero sólo al llamado paciente, sino a todos aquellos que con él se relacionan. En suma, la actitud general del análisis.



ta frente a la vida, su fe racional en el ser humano, en sus capacidades y potencialidades, lo harán empuñarse con alegría, confianza, sentido del humor, en esa tarea que suele ser dolorosa, prolongada y a veces trágica como lo es el análisis. O bien, matizará su labor con su secreto pesimismo, con su profunda pérdida de fe en sí mismo, en la vida y en el mismo psicoanálisis. Esta visión del propio analista, con frecuencia proyección inconsciente de su propia experiencia como paciente, se comunicará, quiéralo o no, con un lenguaje no verbal a sus analizandos, y será un factor a veces decisivo para el fracaso del proceso terapéutico.

En íntima relación con lo que ocurre entre analista y analizando —pues toda fragmentación del proceso resulta un tanto artificial— encontramos los fenómenos de la transferencia, la contratransferencia y las resistencias. En el sentido estricto en que Freud usó el término de transferencia, se refirió al fenómeno de que los afectos que se tuvieron hacia los padres o hacia figuras significativas en la infancia son transferidos a otra persona, en este caso al psicoanalista. Aquí también, como cuando hablamos de la interpretación, encontramos una vez más en el pensamiento de Freud la importancia de explicar el presente siempre en función del pasado, el porqué una vivencia de hoy es la repetición de una vivencia infantil. La transferencia sería el ejemplo clásico en que doblemente, por el concepto de lo que es interpretación y por su definición, se trata de explicar el presente por el pasado.

El concepto de la transferencia, tal y como fue visto por Freud, es sin duda un hecho observable en la clínica. Fromm da un primer paso, ampliando este concepto, cuando señala que la transferencia tiene un significado más extenso, puesto que el paciente ve también en el analista a la persona que corresponde a todas sus expectativas y miedos. Esto no tiene que ver, necesariamente y en principio al me-



nos, con los padres. Si alguien vive, por ejemplo, con mucho miedo, cualquiera que sea el origen de éste, verá en toda la gente con quien se relacione a alguien con más poder que él, sea o no el analista. Ya no se trata del problema de la simple repetición, sino que en su relación con el analista puede observarse lo que a esa persona sucede en su relación con el mundo. Todos los patrones de sus relaciones emocionales con otras personas; su dependencia, su miedo, su agresividad, su hostilidad o el problema que sea. Lo importante no es si se trata de la repetición de experiencias infantiles, sino del hecho de poder observar toda la estructura emocional y especialmente irracional que existe dentro del paciente. Fromm dice: el análisis de la transferencia es un método de observación microscópica de las relaciones del hombre con el mundo. La diferencia es que en el análisis tenemos la oportunidad y el interés de observarla y comprenderla en todo detalle, pero no es la transferencia un monopolio de la situación analítica. En la vida diaria, en la social, en la amorosa, podemos observar cómo la transferencia produce imágenes que son totalmente distintas a la realidad.

Pero volviendo a lo que ocurre dentro del proceso psicoanalítico, hay que añadir algo que me parece de fundamental importancia: Sería un grave error creer que todo lo que el paciente siente, piensa o ve en relación con el analista, es solamente el resultado de sus deseos, de sus anhelos, de sus repeticiones, de su transferencia en una palabra. El paciente sabe y conoce mucho de la realidad del analista, más de lo que ambos conscientemente creen, y no se diga si se trata de una relación humana, cara a cara, sino también en la pretendida relación neutra del diván con el analista sentado detrás. Muchas de las observaciones que el paciente hace al analista nada tienen que ver con la transferencia sino con su racionalidad, con su capacidad crítica y de ver la verdad,



aun frente a supuestas figuras de autoridad. Pero es bien conocido de todos —analistas y analizandos— que los analistas están más convencidos de que se trata de transferencia si son vistos en sus aspectos negativos, y de que no es transferencia y sí una visión objetiva cuando les hacen señalamientos positivos. No se analiza de igual manera, en muchos casos al menos, la transferencia positiva, la llamada transferencia amorosa, que la transferencia negativa. La positiva se cree que corresponde a la realidad. La negativa, claro, se refiere a los padres. Si el analista niega, con el pretexto de la transferencia, la validez de una crítica del paciente, es insincero y paraliza el juicio crítico de su analizando, estará actuando como un padre irracional que no tolera la crítica de sus hijos. Lo mismo ocurre cuando alguien, refiriéndose a experiencias anteriores, señala fallas, a veces muy graves, del analista anterior. Si se ve en esto sólo un problema de autoridad, negando la validez y lo sano de la crítica, se estará cometiendo una grave falta de respeto al paciente. Aquí podemos señalar que lo que está en juego no es la expresión de la neurosis de repetición del paciente, sino la repetición de lo neuroticogénico por las actitudes del analista. En este caso, el paciente estará en lo justo al identificarlo, y no por transferencia, con el padre o la madre de corte autoritario y punitivo. Es así como trabajan algunos analistas, y esto no tiene mucho que ver con la orientación teórica, con la escuela a la que pertenezcan sino con la estructura personal, con la integridad, con la calidad del profesionista.

Fromm aconseja no sobredestacar la interpretación de la transferencia. Con frecuencia decía que el paciente, o la paciente, no se interesa en el analista tanto como él cree o quisiera creer. En ocasiones es preferible mostrar una expresión transferencial con una tercera persona, con iguales o mejores resultados que si se hiciera en relación con la persona del



analista. Pero siempre la sugerencia es que la interpretación de la transferencia, como cualquier otra, tenga una explicación funcional, que demuestre que ese sentimiento tiene sentido en términos de la estructura interna, que es congruente con el dinamismo de los procesos que ocurren dentro de la persona.

La contratransferencia no es más que la transferencia que el analista —como paciente, como ser humano— puede hacer con su paciente. Recordemos que el analista también es analizado por el paciente. La contratransferencia se refiere a las emociones, sentimientos, deseos, pasiones, que obedecen a aspectos irracionales del analista. Entre ellos existe toda una gama de miedos en relación con lo que puede ocurrir con el paciente y, claro, indirectamente, con lo que puede ocurrir con el analista: las consecuencias de que el paciente no se cure, que se psicotee, o que se suicide. En este proceso, un factor que influye de modo importante en el analista es su narcisismo. Esto lo puede llevar a confundir el deseo genuino de ayudar a alguien con el interés que tiene de obtener para sí mismo un éxito prestigioso. No lograrlo puede implicar una herida narcisista para el analista. Los mismos peligros que existen en los contenidos de una transferencia amorosa, erótica, o bien de rechazo, de hostilidad, que puede presentarse en el paciente, pueden ocurrir también en el analista. La diferencia es que el analista, como profesional y experto en estas cuestiones, tiene una responsabilidad altamente mayor de la que podría tener cualquier paciente. Debe estar preparado, y ésa es su obligación, para resolver estos hechos humanos en beneficio, y sólo en beneficio, del paciente.

El dinero también puede ser un disparador de sentimientos, de decisiones, de apreciaciones erróneas de parte del analista. La idea tradicional de Freud y de muchos de sus seguidores, y con mayor razón los de la época moderna, de que el que no paga ningún dinero no puede curarse, es una racio-



nalización. Se argumenta que el paciente debe hacer un esfuerzo para el psicoanálisis. Desde este punto de vista, un hombre rico nunca podría curarse, puesto que para él la cuota más alta no tiene ninguna importancia. El pago no es lo que indica el interés ni el esfuerzo.

El concepto de resistencia es uno de los descubrimientos importantes en Freud. La resistencia es algo que debe existir en todo análisis que incide el inconsciente. Nadie reprime algo sólo por el placer de reprimirlo. Esto ocurre porque algo es doloroso e inadmisibles a la conciencia. De aquí que si se toca algo que se reprimió, necesariamente surgirá la resistencia ante la posibilidad de concientización. Sin resistencia no habría represión, y sin represión no hay teoría psicoanalítica. Las resistencias suelen tocar fácilmente el narcisismo del analista, y pueden también estar al servicio de la transferencia. Penetrar las resistencias es un arte que permite la intimidad con la interioridad. En palabras de Aramoni: "Aquí el hombre que traspasa la barrera de la privacidad es al mismo tiempo observador y comparsa de un drama, melodrama o historieta. Como si se tratara de un psicodrama en el que el analista es actor y autor."<sup>17</sup>

Fromm insiste en que, en parte al menos, la fuerza de la resistencia y lo perdurable de la misma depende mucho del analista. Éste debe evitar que el análisis degenera en una guerra de trincheras, en donde cada uno se encuentra fortificado y nadie puede avanzar. El análisis no debe ser una guerra. El analista puede transformar la actitud de resistencia del paciente en una actitud de movimiento, de diálogo, de algo vivo que siempre se mueve, no de algo que paraliza. El psicoanálisis es un proceso que se caracteriza por períodos difíciles y profundamen-

<sup>17</sup> Aniceto Aramoni, *En busca de la verdad (Arte y técnica del psicoanálisis)*, México, Editorial Samo, p. 27.



te dolorosos. Nadie cambia si no desarrolla un esfuerzo enorme, si no se moviliza la energía de emergencia, toda la necesaria para combatir las resistencias, las tentaciones. Pero esta responsabilidad es no sólo del paciente sino también del analista.

Si aceptamos que la vida es un proceso, algo que se está haciendo, en que se nace frente a cada acto, y que implica dolorosa y continua separación, transcendencia del incesto, entonces se logra vivir en estado de creatividad y es cuando “el hombre se transforma, porque se vuelve más despierto y puede transmitir este mayor alertamiento a la posteridad”. Por esto Fromm sigue vivo entre nosotros.





## LOS SUEÑOS Y LA CREATIVIDAD DEL INCONSCIENTE

DR. EDUARDO ZAJUR\*

Soñar es un suceso tan frecuente que a menudo los sueños no nos asombran. A esto hay que añadir que por lo general no los entendemos y nos conducimos como si nada de lo que hay en nosotros se hubiera manifestado en ellos. En cambio, cualquier cosa que nos ocurre durante la vigilia nos parece importante, le concedemos un significado y tratamos de entenderla, de manejarla, de dominarla.

Al dormir, pasamos a otra forma de existencia. Algunas veces soñamos historias concretas que repiten escenas de la vida real; otras veces, imágenes únicas que producen sólo un sentimiento; otras más, historias fantásticas que nunca han ocurrido, en las cuales indistintamente figuramos como héroes o villanos; creamos escenas lúgubres o paisajes hermosos; configuramos personajes que jamás hemos visto; evocamos personas que conocimos y que hace mucho tiempo no vemos o se hallan lejos, o que ya fallecieron; construimos individuos que poseen características sobrepuestas de varios personajes, lo que les da un aspecto extraño; cambiamos las escenas sin motivo aparente, sin que rija la lógica que gobierna nuestro pensamiento despierto. En el sueño no hay tiempo, el espacio es arbitrario, alterado, y

\* Las sugerencias de Enrique de la Torre sobre el estilo y de Teresa del Conde en cuanto a dar mayor claridad a algunas ideas, me fueron muy útiles. Les expreso mi agradecimiento.



no hay congruencia evidente con la realidad: amamos a quienes en apariencia nos son indiferentes, odiamos a quienes creemos amar, nos vemos sometidos ante quienes nos sentimos independientes. . .

A pesar de sus extravagantes características, los sueños pueden llegar a ser muy reales, tan reales, que un poeta chino escribió:

“Anoche soñé que era una mariposa, y ahora no sé si soy un hombre que ha soñado que era una mariposa o una mariposa que está soñando que es un hombre.”

Fromm destaca, en uno de sus libros más bellos, *El lenguaje olvidado*, la similitud que existe entre los sueños y la más antigua creación del hombre: los mitos. Entre ambos hay un lenguaje común aunque olvidado: el de los símbolos. Se trata de un lenguaje distinto del convencional, con diferente lógica, en el que las categorías de tiempo y espacio no cuentan, sino sólo la asociación y la intensidad de las vivencias.

“Los sueños que no han sido interpretados son como cartas que no han sido abiertas”, dice el Talmud, y Fromm agrega que los mitos y los sueños son importantes mensajes que nos enviamos a nosotros mismos, y que si no entendemos su lenguaje nos perderemos de muchas cosas que conocemos y sólo podemos decirnos en esas horas en las que no nos ocupamos de manejar el mundo exterior.

Muchas sensaciones, sentimientos e ideas son difíciles de expresar a través de la palabra; para comunicarlas a otros, o a nosotros mismos, recurrimos a los símbolos, los cuales pueden definirse, de acuerdo con Fromm, como “algo que representa otra cosa”. Los símbolos adquieren mayor interés si son expresiones sensoriales de la vista, el oído, el tacto, el olfato; y las “otras cosas” que representan son sensaciones internas, sentimientos y pensamientos. Con el lenguaje simbólico, dice Fromm, expresamos experiencias internas como si fueran sensoriales, como



si fueran algo que hacemos o que nos hacen en el mundo de los objetos.<sup>1</sup>

Ahora trataré de aplicar el sistema de comprender un sueño ateniéndome a la teoría que plantea Fromm: intentaré mostrar cómo, en la práctica, puede penetrarse directamente en los fenómenos inconscientes por medio de entender el contenido del sueño, de descifrar su mensaje.

El sueño que aquí se analiza es el primero presentado por un paciente durante la situación analítica, el cual parece mostrar el conflicto central del soñante y aclarar los motivos y el núcleo mismo de su neurosis.

De este sueño pueden desprenderse las siguientes apreciaciones:

a] La importancia de los símbolos universales y accidentales, de las resistencias, de las asociaciones, de los datos sobre la vida del soñante, de su carácter, de su neurosis.

b] Que para ser comprendido, el sueño requiere conocimiento, práctica y paciencia por parte del analista.

c] Que los sueños pueden ser la expresión de lo peor, pero también de lo mejor del ser humano.

d] Que el sueño puede constituir una comunicación de "centro a centro".

e] Que en algunos casos el sueño puede ser un medio de comunicación mejor que la palabra viva.

f] Que algunas veces puede constituir la única forma de comunicación verdadera, y que sólo será factible sustituirlo por la comunicación directa si se han aclarado los motivos de la dificultad de relación con los demás, de la transferencia.

g] Que los sueños son a menudo expresiones artísticas individuales que pueden transmitir un mensaje

<sup>1</sup> Véase fundamentalmente Erich Fromm: *El lenguaje olvidado*, Colección Saber, Buenos Aires, Librería Hachette, 1960; y *Grandeza y limitaciones del pensamiento de Freud*, México, Siglo XXI, 1979.



sin peligro, en forma abierta, como si se tratara de un cuento.

h] Que pueden ser vistos como una racionalización que protege contra el peligro implícito en el mensaje.

El soñante es un hombre inteligente y sensible, de 28 años de edad, profesionista. Se presenta a la consulta por problemas de depresión ligera, impotencia sexual ocasional (diversa), sensación de impotencia ante la vida, dudas paralizantes en su trabajo, de donde teme ser despedido cualquier día. Experimenta frecuentes crisis de angustia, dificultades en su relación con su actual compañera y, en general, con todas las que ha tenido y también con los hombres, principalmente con quienes trabaja. Fue recomendado al analista por una amiga suya. Declara que con la psicoanalista con quien se trataba se presentaron resistencias de orden transferenceal, las cuales imposibilitaron definitivamente la labor terapéutica.

El sueño ocurrió en el intervalo de la segunda y tercera sesión analítica, y fue relatado en la tercera.

Durante la segunda entrevista, al explicar que hacía unos meses había decidido vivir fuera de la casa paterna, afirmó que deseaba independizarse porque tenía muchos conflictos fundamentalmente con su padre. Dijo también que su madre era una mujer buena, sufrida, a menudo enferma.

El sueño es el siguiente:

“Yo llegaba a una casa que era una cárcel. Ahí había un policía que era el guardián de la prisión. Había un pasillo, al fondo del cual una anciana torturaba a los presos. Cuando yo ingresé a la prisión, el policía, sentado con los pies encima de una mesa, me dijo que yo debía repetir en su presencia palabras humillantes, algo así como: ‘Te besaré los pies cuantas veces quieras.’ Yo las repetí, aunque tergiversando un poco el significado de la oración; con



ello evitaba una golpiza o ir a parar a manos de la anciana.

"En seguida, el policía atrapó a tres muchachas que jugaban con un joven en un jardín cercano. Para atrapar al joven, las abrazó jactanciosamente junto a la entrada de la prisión.

"Cuando el joven acudió a defenderlas, el policía lo amenazó y lo jaloneó. Cuando el joven pasó a ser un preso más, me pedía complicidad con una serie de argumentos que a mí me parecían correctos, pero a los cuales yo no podía adherirme por temor a enemistarme con el policía. Toda mi estancia en la prisión fue de una ambigüedad terrible: no podía pronunciarme por algo justo, ya que debía hacer méritos para ganar mi libertad; es decir, tenía que quedar bien ante el policía.

"Finalmente ingresaron a la prisión varios niños y jóvenes. Todos eran rubios y fueron torturados por la anciana.

"Supe en qué consistía la tortura: Uno de esos niños me dijo que la anciana lo había acostado en una cama, lo había interrogado y le había presionado los párpados con sus uñas. Por eso los torturados salían del cuarto con cintas adhesivas en los párpados.

"En ese momento tuve la impresión de que podía huir, ya que el policía estaba demasiado ocupado en conducir reos a la sala de tortura. A estas alturas, el policía me decía constantemente que yo pronto estaría libre, sin pasar por la tortura. Yo no le creía, porque muchos presos que habían entrado después de mí ya habían salido cegados. Vi el reloj y me di cuenta de que se me estaba haciendo tarde para algo. Pero cuando traté de buscar la salida para huir vi que ya había dos policías más, que me impedían el paso. Entonces volví a platicar con el niño torturado."

Hasta aquí el sueño. Si tratáramos de interpretarlo desde el punto de vista freudiano, podríamos decir tal vez que representa claramente un complejo



de Edipo. Que el paciente se encuentra encarcelado en los deseos sexuales hacia su madre; que el pasillo representa el encuentro con ella, pero que al mismo tiempo teme que ella lo castigue por su osadía; que la figura del padre está claramente delineada: es el celoso guardián de la madre, que mantiene al paciente paralizado en sus deseos, humillado, amenazado con el propio castigo y el de la madre, castigo relacionado con los ojos, con Edipo, quien tuvo que arrancárselos ante el “horrendo crimen” de haber cohabitado con su madre. También podríamos decir que la problemática del paciente se comprende a través de ese conflicto, según el cual no puede relacionarse con las mujeres porque las identifica con la madre en el aspecto sexual, y que esa situación provoca angustia y, finalmente, que el conflicto con los hombres es también comprensible, ya que a través de un proceso transferencial los identifica con el padre y, por lo tanto, les teme y los odia.

Pero si no nos conformamos con la idea de que la problemática psicológica del ser humano surja exclusivamente de sus instintos sexuales, y que los sueños son representaciones deformadas, alucinatorias de deseos sexuales infantiles, como pensaba Freud; si en cambio, admitimos, de acuerdo con Fromm, la posibilidad de que los sueños representan sentimientos, deseos, temores o pensamientos lo suficientemente importantes como para manifestarse durante el dormir, y que su aparición en los sueños revela justamente su importancia, y que, por lo tanto, los sueños pueden expresar no sólo deseos sino también una vislumbre de la propia situación del soñante o de la personalidad de los demás; si tomamos en cuenta que no sólo somos menos “razonables” y menos “decentes” en los sueños, sino que también podemos ser más inteligentes, más sabios y más justos cuando dormimos que cuando nos hallamos despiertos; si consideramos que el sueño, como creación del propio soñante debe estar matizado por



su carácter, por su temperamento, por su medio ambiente, por su propia neurosis; si aceptamos que para entenderlo debemos conocer la vida del soñante, su estado de ánimo antes del sueño, sus propias impresiones en relación con los símbolos utilizados, entonces cabría quizá una interpretación diferente de la prototípicamente freudiana.

En el caso que nos ocupa, el sueño muestra los hechos como si realmente hubieran ocurrido: El paciente llega a una casa que es una cárcel; hay un policía guardián; al fondo del pasillo una anciana tortura a los presos; el policía lo conmina a someterse, y él lo tiene que hacer, aunque tergiversando un poco la oración; luego vienen la detención del joven, las palabras que éste le dice, las dudas del soñante, el relato de la tortura, su sensación de estar perdiendo el tiempo y su fallido intento de huida. Todo se desarrolla en forma lógica, como si se tratara de una historia real: es el contenido manifiesto. Sin embargo, se trata de una historia expresada en lenguaje simbólico. Los episodios realistas que se describen son símbolos de las experiencias internas del protagonista. Hay una gran riqueza simbólica: símbolos universales, que son de suyo figuras casi míticas: la anciana es una bruja sacada de los cuentos contados a los niños de todos los tiempos; una figura temible, angustiante, peligrosa, que despierta al mismo tiempo hostilidad y deseo de vencerla. La cárcel, otro símbolo universal que expresa una disposición de ánimo de impotencia, temor, desasosiego, culpa, castigo, pérdida de libertad, ansiedad, tristeza. Todo en el sueño evoca un ambiente sórdido. Privan el autoritarismo, lo policiaco, la inquisición, la duda, la incertidumbre, el ocultamiento, la parálisis.

Si juzgáramos con simpleza este sueño, y sólo nos atuviéramos a lo que dice superficialmente, podríamos pensar que el soñante pasa por una situación difícil, que se siente encarcelado, amenazado y lleno de dudas sobre lo que deberá hacer, inmerso en al-



gún problema que lo acosa. Pero si nos importa saber el significado profundo que tiene para quien soñó, tendríamos que desentrañar el proceso de su elaboración simbólica, proceso íntimamente ligado a sus experiencias, a las vicisitudes de su existencia. Estos símbolos accidentales que matizan el sueño no pueden atribuirse a ninguna otra persona; surgen de vivencias exclusivas del propio soñante.

Por esa razón, como se dijo antes, es necesario conocer las asociaciones del paciente, su vida, su carácter, su temperamento, su neurosis, su medio ambiente, su estado de ánimo antes del sueño, sus propias impresiones sobre los símbolos y sólo entonces podremos comprenderlos.

En cuanto a las asociaciones en relación con este sueño, debe decirse que fueron en realidad muy reducidas cuando se abordó el asunto. El paciente pasaba en ese momento por una situación de duda en cuanto a decidirse o no por el tratamiento psicoanalítico. En verdad había yo percibido una serie de actitudes defensivas en él. Por ejemplo, le preocupaban los honorarios a pesar de que se le propuso una cantidad que podría solventar sin problemas; deseaba que se le dieran seguridades de que se curaría y que se le anticipara cuánto tiempo tardaría en sanar. Además, al expresar sus conflictos lo hacía con una actitud de desplante que parecía decir: "He aquí mis problemas, a ver si de verdad usted me los resuelve." En un hombre inteligente y preparado como él no cabían estos argumentos, salvo como una condición defensiva en un hombre interesante y que parecía realmente necesitado de ayuda.

Las asociaciones, pues, se redujeron inicialmente a reconocer su sensación de ambigüedad y de sumisión en el sueño, como condiciones constantes y frecuentes en su vida diaria; la tergiversación de la oración "Te besaré los pies cuantas veces quieras" tenía por objeto atenuar su sentimiento de humillación. A una pregunta en relación con su madre, expresó el





mismo juicio externado antes: una mujer buena, sufrida, constantemente enferma. La precaria salud se atribuía al hecho de tener que soportar a su padre, hombre un tanto vulgar y desconsiderado a quien la madre calificaba además de alcohólico. Estos datos parecían contradictorios, por lo menos en lo que se refiere a la figura femenina del sueño, si hubiéramos de atribuirle a esa figura una condición materna.

Si nos colocáramos en el lugar del soñante, ¿qué pensaríamos de un sueño semejante?, ¿qué sentimientos nos provocaría?, ¿qué significaría para nosotros?, ¿quién sería esa mujer?, ¿su imagen correspondería a la de una madre sufrida, abnegada? Al parecer esto no es posible, a menos que admitamos que tal imagen sea un subterfugio onírico para evitar la manifestación de deseos incestuosos.

Pero... ¿y los niños torturados?, ¿y el policía? ¿Acaso éste castiga en el sueño al paciente? No hay indicios de que así haya sido. Recordemos que el policía no llevó al soñante a la sala de tortura, y en cambio le prometía que pronto estaría libre, sin pasar por esa sala. El soñante dudaba, temía —tal vez comprensiblemente—, actuaba y pensaba impelido por el temor de que si no le daba gusto al guardián continuaría detenido y lo castigarían... y se quedó detenido, indeciso, sin intentar más que una huida frustrada cuando ya dos policías más le impedían el paso.

En la tercera sesión se aclaró que el joven que jugaba con las muchachas en el jardín cercano fue detenido cuando acudió a defenderlas del policía que las abrazaba jactanciosamente, y que los argumentos esgrimidos, aquellos del pasaje: "Cuando el joven pasó a ser un preso más, me pedía complicidad con una serie de argumentos que a mí me parecían correctos, pero a los cuales yo no podía adherirme por temor a enemistarme con el policía", se referían a la injusticia de la detención, a lo arbitrario del castigo



y a la crueldad de la vieja que dirigía el penal, a lo incomprensible de la situación y a la necesidad de protestar y liberarse. ¿Por qué, si eran argumentos válidos, que le parecían correctos, utiliza la palabra “complicidad”? ¿Quiere decir que pensar razonablemente, en forma crítica, es un delito? ¿Quién era aquel joven? ¿No sería él mismo, más joven, más auténtico, y las muchachas sus tres hermanas?

Hasta este momento no pudimos avanzar más en la comprensión del sueño. El paciente mostraba una actitud escéptica, y con cierta sorna indicaba que no se le fuera a decir que los personajes del sueño eran sus padres y que él tenía un complejo de Edipo. Esta actitud evidenciaba sus resistencias, puesto que el analista no había externado aún ninguna interpretación; sólo había preguntado por los padres, y no era difícil que el haberlos tocado antes de la segunda sesión, hubiera estimulado parcialmente la producción del sueño.

Era necesario tratar de entender el origen de las resistencias, en aquel momento ya tan evidentes. ¿Era acaso el analista uno de los dos policías que le impedían la huida y cómplice también de la torturadora del presidio? Si esto era así, ¿cómo podría el paciente entregarle todos sus secretos?, ¿cómo podía confiar en él? y, finalmente, ¿quién podría ser el tercer policía?

El sueño parecía sumamente interesante y expresar el núcleo mismo de la neurosis del soñante, de su enajenación de sí mismo, de su carácter, de su visión del mundo, de su transferencia, de su resistencia. ¿Era un mensaje de él para él mismo?, ¿un mensaje de él para él mismo y también para la persona que en ese momento estaba abocándose a ayudarlo a comprenderse?, ¿el mensaje tenía la intención de orientar al analista o de desorientarlo?, ¿cabría la posibilidad de que, a pesar de sus resistencias, fuera un regalo espléndido, de lo más profundo de él, de su inconsciente al inconsciente del analista, en el que le en-



tregara su secreto, la clave para descifrar su sufrimiento, su parálisis, su desconfianza, su enajenación expresada tan dramáticamente?, ¿no podría ser este sueño un acto de fe en el hombre, a pesar de la imagen negativa que de él tenía, a pesar de su confusión consciente-inconsciente?

Había que esperar a conocer un poco más de la vida del paciente, de su familia, de su relación con los demás.

Podría afirmarse que las posibilidades de interpretación de un sueño pueden ser tantas como intérpretes se aboquen a dilucidarlo, a menos que se tomen en cuenta los factores ya mencionados como necesarios para comprenderlo cabalmente y que la interpretación vaya avalada, como dice Aramoni, por “la vivencia del analizando que debe penetrar algo de sí mismo, sentirla como cierta, como si se tratara de algo visceral-cenestésico”.<sup>2</sup>

En sesiones posteriores pudo saberse que el paciente había ingresado desde pequeño a una escuela confesional en la que permaneció hasta terminar su preparatoria. Cuando tenía seis o siete años, recuerda, en ciertas horas en que les impartían clase de religión los maestros los encerraban en un garage y les hacían oír un disco con la supuesta voz de Cristo que, agonizando en la cruz, pedía al padre que no lo abandonara. Se escuchaban los lamentos y las quejas de dolor de la agonía. La audición era terrible y, mientras el disco corría, un sacerdote les insistía en que esos sufrimientos y la muerte final habían sido causados por ellos, por sus pecados. Por eso debían arrepentirse y dejar de pecar. Todo esto hacía sentir al paciente muy mal, culpable y enfermo. Temía la llegada de esas clases. Cuando por fin se atrevió a comentar el asunto en su casa, su padre, profesionalista, con cierta cultura y ateo, se irritó con-

<sup>2</sup> Aniceto Aramoni, *El hombre, un ser extraño*, México, J. Mortiz, p. 200. Vale la pena leer el capítulo titulado “Hacia una interpretación total de los sueños”.



tra la madre y le dijo que deberían de cambiar inmediatamente al niño de escuela. La madre respondió llorando, diciendo que no iba a discutir delante de los niños esos asuntos; que su religión debía ser respetada, que su marido no debía despertar ese tipo de dudas en los niños hablando mal de los sacerdotes porque dañaría sus mentes y ella no podía tolerarlo. Como consecuencia, se mostraba enferma y culpaba al esposo de sus malestares; tenía que ponerse en cama y el marido dejaba el tema por la paz. A menudo, para hacer las paces con ella, le cumplía sus caprichos. Así, podía comprarle vestidos, cambiarle el automóvil o comprarle una casa o un terreno, solapar sus actitudes y a veces presionar a los niños para que no la desobedecieran o irritaran.

Nunca más volvió el paciente a comentar el asunto, a pesar de su tristeza y de su ansiedad. Temía provocar encuentros entre sus padres. Además, imaginaba que si volvía a tocar el tema su madre podría obligarlo a hincarse y pedir perdón a Dios por su mala conducta.

El niño acostumbraba bañarse desnudo con su padre. En una ocasión llegó con calzón de baño puesto, y el padre le preguntó qué significaba eso. El niño contestó que era pecado bañarse desnudo. Nuevamente el padre protestó ante la madre e insistió en cambiarlo de escuela. Estas situaciones provocaban nuevas crisis en la madre. “Delante de los niños no iba a discutir esos asuntos. Su religión debía respetarse. Los niños no debían enterarse de nada que significara oposición a su religión. No debían creárseles dudas que envenenaran su alma.” El padre volvía a optar por retirarse y nuevamente caía en la trampa de complacerla en sus caprichos.

Con el niño, el comportamiento de la madre era semejante. Se enfermaba y lo culpaba de su enfermedad si no era obediente y sumiso. Cualquier actitud de rebeldía era castigada haciéndolo sentir culpable de cuanto malo le ocurriera a ella, que pade-



cía de un problema físico. Según la mujer, Dios había atendido su petición de enfermarla a ella, a cambio de salvar a su hijita menor, quien padecía de algo que el paciente no conoció exactamente pero que a la postre no trajo ninguna consecuencia.

El paciente afirma no haber experimentado jamás en su casa ninguna intimidación, ninguna privacidad. Su madre lo espiaba constantemente en su cuarto, en sus juegos con otros niños, en lo que leía, en lo que platicaba con sus hermanas. Husmeaba e interrogaba. Todo lo quería saber. Aún ahora, cuando está en la casa paterna y platica con sus hermanas, ella interroga, interviene y lo acusa de subversivo.

Cuando la madre se irritaba sin “enfermarse”, solía clavarle las uñas en los brazos, uñas siempre largas que daban a las manos un aspecto que producía en el niño una sensación de desasosiego y temor. Lo angustiaba la visión de esas manos.

El niño consideraba al padre un hombre vulgar, insensible, cruel con la madre porque la hacía sufrir, culpable de que se enfermara; creía, además, que era alcohólico. Fuera de los baños en común, casi no tenía relación con él. La madre amenazaba al niño constantemente con acusarlo con su padre si la desobedecía o si hacía alguna travesura, haciéndolo imaginar los posibles castigos. ¿Lo azotaría con toda la crueldad de que era capaz? El niño se fue alejando del padre, temiéndole, desconociéndolo, despreciándolo. Pero... ¿qué era cierto en todo esto? Un análisis más minucioso de la figura paterna demostró que en realidad jamás le pegó. Nunca fue brutal. Ni siquiera recuerda que sus regaños fueran humillantes o despectivos. Cuando ocurrieron, fueron debidos en su mayor parte a acusaciones de la madre, a quien el padre temía contradecir a causa de la cadena de reacciones consecuentes. Y el supuesto alcoholismo no podía sostenerse. El padre bebe ocasionalmente, y en términos generales en plan social. Lo que sí resultaba claro era la dependencia del pa-



dre hacia la madre, su servilismo, su debilidad frente a ella, su complacencia y su complicidad, su incapacidad para defender, apoyar y ayudar al hijo en su liberación, en su autoafirmación, en su capacidad de razonar. La percepción de la personalidad del padre provenía, pues, de dos vertientes: una real, y la otra condicionada por los juicios impuestos por la madre.

Estos datos permiten ya un mayor acercamiento al análisis y a la comprensión del sueño: El soñante, en forma accidental y sin que lo hubieran “detenido”, llegaba a una casa que era una cárcel. ¿No podría ser esto una alusión a su propio nacimiento? Él llegó a su casa accidentalmente, y la casa resultó ser una cárcel, una prisión dirigida por una anciana que torturaba. Todos los datos obtenidos confirman que la vieja era la madre. ¿Por qué una anciana? En realidad, su madre, cuando joven, había sido una mujer bella, y aún ahora, en su madurez, no ha perdido totalmente su belleza. Sin embargo, simbólicamente, es una anciana: siempre enferma, lejana, agresiva, punitiva, inquisidora. Y sus manos... un tanto deformes y de uñas largas.

El castigo que infligía la vieja empezaba con el interrogatorio. Después la agresión se dirigía a los ojos (“Los dioses ciegan a quienes quieren destruir”): presionaba los párpados con las uñas (el paciente piensa que hasta sangrarlos), y luego colocaba cintas adhesivas sobre ellos; los imposibilitaba para ver. Atacaba la vista, la visualidad, la percepción. Se interrogaba a los niños para saber qué pensaban; éstos no debían ver con claridad, había que cerrarles los ojos. No se deben decir ciertas cosas delante de ellos, no se debe hablar de religión, no se debe criticar a los curas, no se deben abrir sus mentes (sus ojos) a la realidad. Debían permanecer ciegos o medio ciegos. Ésta era la actitud de la madre, o, por lo menos, tal fue lo que el paciente aprendió de ella en la infancia.

La figura del padre —evidentemente el guardián



del sueño, un policía— corresponde a la de un simple ejecutor de las órdenes de la madre, un hombre a quien despreciaba, de quien dudaba y a quien temía, no sólo por su experiencia directa en relación con él, que no le dio apoyo y seguridad, sino porque ésa era en alguna medida la figura transmitida a él por la madre. Lo percibía cómplice de ella, coludido con ella, ejecutor oscuro de sus órdenes; ambiguo, impredecible, de quien no podía fiarse. Pero esa imagen transmitida parcialmente por la madre, él la había asimilado impelido por un temor semejante al del padre; lo mismo que éste, no deseaba despertar su agresividad ni irritarla; no quería que se enfermara por su causa. Es decir, también se volvía un aliado de la madre y, como consecuencia, resultaba identificado con el padre en sus aspectos más negativos de servilismo y sumisión a la mujer. ¿No sería entonces, él mismo, el tercer policía? ¿No se estaba impidiendo él mismo la salida de la cárcel? ¿No tenía que ver esto con sus resistencias hacia el análisis?

En un escrito que el paciente me entregó posteriormente, hay unos párrafos muy esclarecedores que constituyen una confesión. Después de explicar por qué acudió al análisis, asienta: “Los antecedentes de mi psicoanálisis remontan a cuando Rosa —mi novia— decidió entrar a tratamiento con una doctora para que le ayudara a resolver los problemas de nuestra relación. A finales de ese año como yo me seguía sintiendo muy mal, induje a Rosa para que ella me convenciera de entrar yo también a tratamiento, y una vez que esto ocurrió, su doctora le recomendó a otra para mí. Mi problema fundamental —que en aquel entonces yo no veía— era mi dependencia total con respecto a las mujeres.

“Inicié la terapia con la Dra. X, con quien permanecí algunos meses, en los que el problema con la mujer no se tocó, o, si se tocó, debido a mis resistencias —cosa que frecuentemente me sucede—



no lo recuerdo. Lo que sucedió, en cambio, fue que me “enamoré” de la doctora, como de todas las mujeres con las que me he relacionado. Me gustó para mamá: con ella me comporté como un niño complaciente. Esto impedía que yo me tratara con ella, me sentía muy mal, y por primera vez decidí algo por mí mismo: suspender el tratamiento e iniciarlo con un hombre; yo sentía que tenía problemas serios para enfrentar a los hombres. La doctora me recomendó a otra mujer, pero mi amiga B, que se analizaba, me recomendó a un hombre.

“En la primera reunión con el doctor, llegué con la espada desenvainada, buscando pretextos para no tratarme. Sin embargo, una vez que él aceptó, le confesé (¡a un hombre!) lo que en aquel momento pensaba que eran mis mayores problemas. Durante las primeras sesiones, el doctor me remitió directamente —no recuerdo si fue a través de mis sueños— al problema con mis padres. Estando con Rosa, yo simplificaba y ridiculizaba lo que me decía el analista. En realidad yo buscaba inducirlo a que me dijera que yo volviese con la doctora. Así quedaría en mi atmósfera —con las mujeres— y libre de culpa. Inventé pretextos para no asistir tres veces consecutivas al análisis. Sin embargo, cuando Rosa me sugirió volver con la doctora, yo volví con el doctor. Algo empezaba a cambiar imperceptiblemente.”

En esta parte del escrito son evidentes las resistencias, tanto por la transferencia de la figura paterna a la persona del analista, como —y esto es muy importante— porque él mismo se oponía a su liberación, evadía su tratamiento, se convertía en su propio policía, dependiente del juicio y la decisión de las mujeres. Pero, al mismo tiempo, pasaba algo excelente para él: un primer paso hacia la liberación, hacia la independencia de los dictados impositivos femeninos; una mayor confianza en sí mismo, aunque lo de “imperceptiblemente” implicara aún la presencia de resistencia.





**Volvamos al sueño. ¿Quiénes son los niños y jóvenes rubios que entraban y salían de la prisión? Probablemente se trata de los primos, todos ellos por la rama materna. Alguna vez uno vivió en casa del paciente. La madre lo consentía y lo defendía a ultranza ante cualquier crítica del padre, crítica por cierto objetiva y moderada. Para la mujer, aquellos niños simplemente eran miembros de su familia, eran de su misma alcurnia social. Su propio hijo parecía tener menor valor para ella, por ser hijo de un padre de simple clase media.**

**Los primos, pues, resultaban frente a los ojos de la madre mejores que el paciente. En el sueño, entonces, salían cegados de la prisión. En la actualidad, todos estos primos han resultado conformistas, mediocres, ajustados totalmente al patrón familiar materno. El paciente es el único que, a pesar de sus conflictos, ha alcanzado logros interesantes en su vida, y, según creo, muy buenas perspectivas de desarrollo.**

**Si tratamos de comprender globalmente el sueño, tomando en cuenta los motivos por los cuales acudió el paciente a tratamiento, los antecedentes y el momento en que se presentó el sueño, el carácter predominantemente receptivo con elementos obsesivos del soñante, sus asociaciones, los elementos de su vida necesarios para la comprensión de su lenguaje onírico, sus circunstancias, los símbolos utilizados, podríamos decir que se trata de un sueño que expresa el conflicto medular del soñante. No se trata de una realización de deseos sexuales inconscientes infantiles, como postularía la teoría de Freud, ni parece tratarse tampoco de un fenómeno religioso fundamental, o de la expresión de rasgos inconscientes heredados según las ideas de Jung. Hay, es cierto, un deseo, racional, de liberación; pero, fundamentalmente, el sueño expresa la visión de la enajenación de sí mismo y sus causas. Los motivos de su conflic-**



to de rebeldía y sumisión. La actitud de la madre, anuladora del pensamiento.

La prohibición del pensamiento crítico en cualquier aspecto conduce al empobrecimiento de la habilidad crítica de la persona en otras esferas del pensamiento, y anula por lo tanto el poder de la razón. El paciente dependía casi totalmente de la autoridad materna. Incluso su visión de la autoridad paterna se hallaba desfigurada en parte por el sometimiento a la autoridad totalitaria de la madre. El policía del sueño, con los pies sobre la mesa, no corresponde al padre en la vida real, pero simboliza la vulgaridad propagada por la madre. Asimismo, las palabras humillantes hacían recaer el autoritarismo sobre quien, en realidad, no lo ejercía en forma directa, aunque sí, en medida importantísima, a través de la complicidad con la madre. El joven detenido en el sueño con subterfugios puede ser una representación simbólica del propio soñante, de su conciencia humanista todavía viva, que enjuicia, que piensa bien y que lo confronta con su tendencia a “dar por su lado”, a quedar bien con la autoridad irracional, a venderse. El soñante tenía que sujetarse a su propia conciencia autoritaria, esa que lo convirtió en uno de los policías que le impidieron huir. Tenía que obedecer, y se sentía impotente para aceptar y actuar de acuerdo con los argumentos del otro, del jovencito, símbolo de su yo auténtico, no enajenado.

A pesar de su sumisión, se observan claramente en el sueño aspectos de rebeldía, según se expresan en una sutileza: la tergiversación de la oración: “Te besaré los pies cuantas veces quieras”; de ese modo, como ya se dijo, el soñante trataba de atenuar el sentimiento de total humillación. Otra señal de rebeldía se advierte hacia el final, cuando intenta la huida, frustrada por la presencia de los dos policías que impedían el paso. A pesar de estas señales, en todo el sueño el paciente se siente convencido de que le está prohibido el pensamiento crítico, que tiene



que mediatizar, acomodarse, ajustarse a las ideas de la autoridad y rechazar sus propias convicciones o no tenerlas, porque son peligrosas. Se percibe a sí mismo temeroso, imposibilitado, impotente para actuar y pensar por su propia cuenta, enajenado.

Esta situación, a mi juicio, constituye su núcleo neurótico. El choque entre su yo auténtico y una madre fanática, autoritaria, castrante, anuladora del pensamiento y la acción, y un padre débil, servil, cómplice de la madre, dio origen a un *no ser* y a un yo funcional, convencional, automatizado, consecuente con el sistema autoritario, totalitario, fanático en el que se desarrolló. Ahí radican el origen de la enajenación de sí mismo, la mayor dificultad para el encuentro de su propia identidad, su impotencia para vivir la vida en forma libre, independiente y plena. Ahí yacen el impedimento para el uso de su razón y de su objetividad, su diametral y paralizante conflicto de sumisión-rebeldía.

La mentira, el engaño, el ocultamiento de la verdad, son expresiones del ejercicio del poder de la más alta destructividad. Colocan al niño (y al adulto también) en una grave situación de impotencia. Implican un total menosprecio por la persona, un desprecio total de sus valores, de sus posibilidades. Lo atacan en el centro mismo de su ser.

Una consecuencia lógica de la psicodinamia del paciente era su actitud frente a las mujeres: siempre fue seductora.

Su sentimiento de seguridad surgía de la aceptación de ellas, y siempre trataba de complacerlas. Sus reacciones de impotencia sexual tenían que ver con la actitud aceptativa o rechazante de la mujer. Todo marchaba bien si era aceptado y si podía satisfacerlas; mal, si no lograba ese cometido. Ese vaivén emocional dependía en forma muy clara de lo que podría llamarse una jerarquía inhibitoria femenina. Es decir, si percibía crítica o desacuerdo con él, de parte de ellas, había un bloqueo; si se trataba de una



presión tendiente a obligarlo a actuar fuera de lo permitido por la máxima autoridad materna introyectada, había un bloqueo mayor; si la actitud femenina se identificaba francamente con la materna, se anulaba su potencia de acción y de razón.

Hace más o menos cuatro años, el paciente se casó con una mujer extranjera. El matrimonio fue arreglado supuestamente con el objeto de que ella resolviera su estancia en el país. Durante ese tiempo él vivió en la casa paterna sin decir una palabra del asunto, y visitando a su mujer generalmente durante el día y sólo en contadas ocasiones por la noche. La relación, que al principio era buena, fue deteriorándose en la medida en que la mujer exigía más su presencia en el hogar, hasta que la unión culminó en el divorcio. Al paciente lo aterrizzaba que la madre se enterara de su situación. Actuaba como un niño pequeño sin derecho a la hombría, sin derecho a determinar su propia vida, a vivir con una mujer y decidir con independencia y libertad si era capaz de amarla y unirse a ella o no, pero como un adulto.

Su actitud ante los hombres era también muy conflictiva, sobre todo frente a las figuras de autoridad: temeroso, desconfiado, evasivo, rebelde y al mismo tiempo sumiso; necesitado de su apoyo, de su aprobación, y quizá de su perdón, les transfería un desprecio y una hostilidad que no les correspondía.

También tenía que perdonarse él mismo. Se había traicionado como hombre libre. Había renunciado a su más alto valor: su propio ser, su pensamiento y su acción, y vivía enajenado, temeroso, humillado, avergonzado, aññado, acobardado, detenido en la cárcel de la mujer donde se destruía a los hombres; él era enemigo gratuito de todos y de sí mismo. En estas condiciones, se sentía incapaz de solidarizarse consigo y con los demás hombres. Tenía que comprenderse a sí mismo, perdonarse y crecer, recuperar su propio yo, desenajenarse.

En el escrito antes citado expresa una intensa vi-



vencia en relación con su conflicto paterno. Dice así:

“Unas semanas después de iniciado el tratamiento —escuchando una canción sobre un poema de Miguel Hernández que habla de la muerte de su mejor amigo, me puse a llorar inconsolablemente algunas horas. Descubrí que al que lloraba era a mi padre a quien yo había rechazado toda mi vida. Ese mismo día le escribí una carta pidiéndole perdón por mi comportamiento.” Más adelante expresa con cierto dolor, pero con verdadero *insight*, las dificultades para romper con su terror ante la figura materna: “A partir de ese momento —dice— me convertí en el principal impulsor de una serie de transformaciones en el interior de la familia; hablé con mis hermanas y les hice notar el origen de algunos de sus problemas. Hablé con mi padre y lo animé a tomar decisiones en contra de mi madre. Y a ella le reproché todo lo que había hecho con la familia a través de varias cartas: no me atrevía a enfrentarla directamente. . . Mi relación con las mujeres sigue siendo ambivalente. Por ejemplo: me enfrenté a mi madre, pero convertí a mis hermanas en mis cómplices.”

Otros aspectos de su conducta, en relación con su dinámica, pueden ser importantes:

En una ocasión, sintiéndose decepcionado por un trabajo que le parecía intrascendente y que realizaba en colaboración con un jefe amigo y que notaba que lo desempeñaba más por obligación que por gusto, pero sin ninguna iniciativa personal, decidió dejarlo y romper la relación laboral con el amigo. Solicitó permiso a la institución a la que pertenecía para realizar en el extranjero un trabajo que verdaderamente le interesaba. Sin embargo, al agotarse el tiempo solicitado a la institución dejó de asistir varias semanas sin avisar; simplemente desapareció. Llegó el momento en que sintió no poder regresar al trabajo por no saber cómo explicarse, aunque la labor realizada fuera del país lo justificara parcialmente. Du-



daba que su jefe lo comprendiera y temía ser reprochado, humillado o despreciado por él o bien que lo reportara a la institución, en cuyo caso podría ser despedido por incumplimiento. Temía perder la sensación de seguridad, de protección y de prestigio que le daba la institución. No sabía qué hacer, se sentía paralizado.

¿No tiene acaso esta situación alguna relación con el sueño?

Evidentemente sí. El paciente había cometido el mayor pecado que podía cometer, el de lesa autoridad. Se atrevió a romper con una relación laboral establecida; se atrevió a buscar una actividad verdaderamente interesante para él; se atrevió a intentar ser libre e independiente. Y eso... ¿no le estaba prohibido? Lo tenía prohibido desde su infancia: prohibido pensar y actuar fuera de los lineamientos de la autoridad materna, reforzada por la coadyuvante actitud paterna, so pena de ser desprotegido, amenazado o castigado, echado del paraíso.

Su conducta, al retirarse del trabajo, evidentemente fue irresponsable por no haber avisado o renunciado. Su temor y su culpa frente a su atrevimiento lo paralizaron. Volvía entonces a actuar como un niño angustiado, desconcertado, un tanto deprimido, impotente. Se sentía detenido como en el sueño, cuando, al mirar su reloj, se daba cuenta de que “se le estaba haciendo tarde para algo”. Se le estaba haciendo tarde para liberarse, para ser él mismo, para crecer, para vivir su vida plena, para hacerle caso al jovencito, a su yo auténtico, a su conciencia humanista; para perder el miedo al sistema fascista-familiar que lo aplastó toda su vida. Sólo haciéndose caso a sí mismo y perdiendo el miedo podría salir de la cárcel.

En este asunto concreto debía renunciar a su trabajo, si éste le resultaba realmente mutilante, o bien atreverse a sugerir ideas, proyectos de trabajo interesantes surgidos de lo más auténtico de sí mismo,



labores que le permitieran acabar con la parálisis y lograr su desarrollo profesional. En el contexto total de su vida, tales actitudes le permitirían llegar a ser un hombre auténtico.

“Lo importante —dice Fromm— es entender la textura del sueño en el que el pasado, el presente, el carácter y el hecho real se encuentran entretreídos formando un diseño que nos dice mucho sobre los motivos del soñante, los peligros que debía de conocer y los objetivos que debía de imponerse en sus esfuerzos para conquistar la felicidad.”<sup>3</sup>

La buena estructura integral del paciente, la persistencia de una viva autenticidad, inteligencia, su capacidad de *insight* y su sensibilidad, han propiciado cambios importantes en él. Se aprecia, además, una cualidad de gran importancia para el tema que nos ocupa: su capacidad de comunicación inconsciente a través de los sueños. Al principio mostraba una gran dificultad para la comunicación verbal directa (ya se han mencionado sus resistencias), pero después de este sueño se inició un período en que con frecuencia surgieron nuevos y a cual más interesantes y esclarecedores sueños, ante cuya comprensión se sorprendía. A pesar de que esta comprensión constituía para él una vivencia real, olvidaba por completo la interpretación, lo cual prueba la intensidad del conflicto reprimido. A menudo me pedía, y esto es muy significativo, que le permitiera grabar la interpretación para poder volver a escucharla, ya que durante la sesión le aclaraba mucho de sí mismo pero inmediatamente después se esfumaba. Poco a poco la resistencia a recordar desapareció y surgió otro fenómeno: fue disminuyendo su producción onírica, conforme iba aumentando su comunicación directa verbal, más franca, más abierta.

¿A qué podrían deberse la dificultad inicial de comunicación directa y la más clara comunicación a

<sup>3</sup> Erich Fromm, *El lenguaje olvidado*, op. cit., p. 130



través de los sueños? y finalmente ¿a qué se debió que se produjera el fenómeno inverso?

Aparte de los problemas de resistencia por transferencia explicados antes, hay que tomar en cuenta, de acuerdo con Fromm, lo siguiente:

Mientras dormimos no nos ocupamos de manejar la realidad externa. Si la influencia del mundo exterior sobre el soñante es benéfica, el valor de la actividad onírica tendería a disminuir, de manera que ésta sería menos importante comparada con nuestras actividades mentales durante el día. Si, por el contrario, la influencia de la realidad externa es nociva, represiva, es posible que cuando está suprimida durante el sueño surja una comunicación onírica rica en todos sentidos.

En la vigilia, el paciente tenía que ocuparse de su vida de relación, matizada por su carácter, por su tendencia a desconfiar, a mediatizar, a someterse y a rebelarse. Su comunicación directa era, por lo tanto, difícil. Durante el sueño se veía libre de esas preocupaciones y podía decir abiertamente lo que en verdad pensaba de su madre y de su padre, lo que pensaba de sí; de su desilusión por su impotencia para ser él mismo, de su coraje, de su humillación.

A medida que los sucesivos sueños —algunos de los cuales eran variantes del mismo tema— fueron comprendidos por el paciente, éste pudo ver con mayor claridad la parte irracional de su transferencia con el analista, lo cual aumentó su confianza en él y volvió más expedita la comunicación directa.

Puede decirse, por otra parte, que el sueño analizado parecía estar expresado, como dice Fromm, como una racionalización que evitaba lo peligroso del mensaje: Había llegado accidentalmente a una casa que era una cárcel; había una anciana que aparentemente dirigía el penal y torturaba, y un policía o guardián encargado de la ejecución. El soñante tenía que actuar “inteligentemente”, complacer al guardián, no hacer caso de nada razonable, porque





lo importante era darles gusto a sus captores para que lo dejaran libre. Para salir, dependía de ellos y de su “habilidad” para mediatizar; sin embargo, los personajes del sueño en apariencia no tenían que ver nada con sus padres: eran gentes extrañas, desagradables, peligrosas. ¿Cómo habrían de ser sus padres esas gentes?, y sobre todo, ¿cómo podría ser su madre aquella vieja repulsiva?

Si el paciente tradujera su sueño al lenguaje directo, diría: Nací en una casa que era una cárcel, y aún vivo en ella. Mi madre, que es una bruja, la dirige. Siempre me limitó, me prohibió el pensamiento, me interrogó en todo lo que se refería a mi vida. No tuve jamás un sentimiento de privacidad, de intimidad. Cualquiera cosa que hiciera, ella la sabía. Me hacía sentir culpable si jugaba, si no la obedecía o si pensaba con libertad. No podía pensar más que en lo que ella quería. Me vendí a ella por terror. Tenía que darle por su lado para evitarme sufrimientos, torturas y culpas.

Mi padre, a quien mi madre me enseñó a despreciar en parte, ha querido ayudarme tal vez, pero no puedo confiar en él. A veces lo odié. Ha sido guardián y ejecutor en esta cárcel en que vivo. Siempre servil a mi madre, siempre protestando pero a fin de cuentas complaciéndola. La ayudó a mantenerme enajenado, traicionándome a mí mismo, sin poder ser, como un autómatas que no se atreve a pensar por su cuenta. No he podido atender a mi voz, la que denuncia la injusticia y la ignominia de ser tratado como una máquina que debe funcionar al capricho de su dueño.

Tuve que venderme por terror, amoldarme a lo que ellos querían para evitar el castigo, la ceguera total. Pero me he quedado detenido y no puedo huir, aunque así lo desee. Inicío un tratamiento pero no sé si el analista es también cómplice de las mujeres en cuyo caso no podré salir nunca; ojalá que él me entendiera.



Yo, al mismo tiempo, tengo mis dudas y me he estado impidiendo la posibilidad de salir de esto. Siempre he vivido pegado a las mujeres, los únicos seres poderosos del mundo, pero me rebelo, se me hace tarde, quiero salir.

Vemos, pues, que éste es un sueño de *insight*, de penetración profunda en la realidad, en la realidad del soñante y de las personas con quienes se relaciona. Expresa el origen y los motivos de su tragedia, la tragedia en sí, las dificultades para salir de ella, los obstáculos que se interponen y la parte de él mismo que coopera con ellos.

Al mismo tiempo, el sueño expresa que la parte auténtica del paciente permanece viva. Ha evitado que lo cieguen totalmente, pero para ello ha tenido que aceptar la enajenación como un recurso de defensa, recurso que si bien cumplió su cometido en la infancia protegiendo su supervivencia, quedó estructurado constituyendo su núcleo neurótico. La permanencia de su parte auténtica, en lucha constante, lo ha ayudado, sin duda, ahora, a su liberación.

El sueño se desarrolla como un cuento, como una obra de arte, personal, autobiográfica, expresada en el lenguaje simbólico de los mitos, los cuentos de hadas, los ritos y la novela. ¿Acaso no recuerda este sueño, aunque sea sólo en alguna medida y con otro final, la obra de Kafka, en particular *El proceso*, en el que Joseph K. jamás dejó de estar “detenido”?

Autoritarismo, sumisión, pérdida de libertad, rebeldía, parálisis, confusión, detención del desarrollo, religión particular, enajenación... Todo expresado en lenguaje simbólico. ¿No es, pues, éste un lenguaje que todos debiéramos aprender a descifrar?



Propriety of the Erich Fromm Document Center. For personal use only. Citation or publication of material prohibited without express written permission of the copyright holder.

Eigentum des Erich Fromm Dokumentationszentrums. Nutzung nur für persönliche Zwecke. Veröffentlichungen – auch von Teilen – bedürfen der schriftlichen Erlaubnis des Rechteinhabers.

### III. EL PSICOANÁLISIS Y EL CONOCIMIENTO DEL HOMBRE

Gojman de Millán, S., and Millán, S. (Ed.), 1981: Erich Fromm y el psicoanálisis humanista, México (Siglo XXI Editores) 1981.